EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPL

PROVENSAL

3 PTAS

EL CAPITAN LEZAMA


El capitán
Lezama

ARNALDO VISCONTI

El capitan Lezama

Colección El Pirata Negro n.° 28

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947



... parapetados en el oasis hicieron blancos certeros...

PRIMERA PARTE

EN LOS DOMINIOS DE LOS TUAREGS

CAPITULO PRIMERO

Conversaciones decisivas

En la inmensidad del Desierto, los aislados macizos montañosos del Djebel Trozzs cortaban con sus repliegues roquizos la desolada superficie de dunas y arena.

El primer jalón rocoso que anunciaba la proximidad de la Tierra Prohibida de los Kel-air, era una meseta semejante a una gran ballena dormida.

Estriada por abismos que semejaban cráteres extintos de volcán, sus enormes bloques calcáreos rezumbaban una viscosa humedad.

Flanqueada hacia el sur esta meseta, reaparecía la inmensa sábana arenosa en abrupta pendiente, en cuyo extremo distinguíase una gran nube algodonosa.

Coronada la cima de las dunas, se daba frente a una montaña de agujas empinadas, que desaparecían hincándose en un halo de nubes blancas las cuales remataban la alta montaña a modo de cimera.

Era la Ciudad Invisible, habitada tan sólo por los tuaregs Kel-Air, y de la que no salió con vida ningún blanco que en ella entró.

En la cumbre, una atmósfera gris rodeaba todos los contornos, y reinaba un gran silencio, una quietud ultra terrenal, que no era interrumpida ni quebrada por ninguna voz humana, ni siquiera por el grito remoto de algún pájaro u otro animal.

Grupos de siluetas revestidas en amplios ropajes negros andaban con las cabezas erguidas y a largos pasos elásticos. Sus rostros velados y el mutismo en que deambulaban, contribuían aún más a dar una sensación de fantasmagoría.

Eran los targui de la guardia personal del príncipe Tarhit, el poder supremo de la tribu de los Kel-Air. Velaban en la gran explanada en cuyo centro alzábase un gran edificio de mármol

blanco cuya fachada estaba constituida por una gran profusión de arcos y columnas.

Eran columnas numerosas y esbeltas, y el mármol, envuelto en celajes de grises tonalidades producidos por la resistencia de las nubes al paso del sol, creaba sempiternamente la sensación de hallarse ante una inmensa necrópolis.

Acentuóse más esta impresión cuando del interior del palacio salió pausadamente una pequeña comitiva compuesta por cuatro tuaregs que portaban entre sí y a hombros un muerto, mantenido aún más rígido, por las tablillas que a sus costados y atadas a su cuerpo le conservaban en posición horizontal.

Tras el fúnebre cortejo, iba un adolescente de melancólico semblante, que sin velo en el rostro, acompañaba al que había sido su consejero y también el de su padre el Rey Abhoghelité, a su última mansión.

Según el rito Kel-Air, el cuerpo del español Luis de Soto fué introducido en uno de los innumerables orificios que moteaban una de las marmóreas paredes de la montaña.

Tarhit quemó por su mano las maderas olorosas que encerraban en frágil ataúd provisional el cuerpo de Luis de Soto. Ante el nicho quedaron los cuatro tuaregs montando vela erguidos e inmóviles.

El príncipe Tarhit regresó al palacio, y poco después entraba en un recinto de reducidas dimensiones iluminado por teas resinosas. En el centro de aquel aposento, erigíase un ancho poste rectangular, contra el que un hombre de torso desnudo y bronceado, estaba atado sólidamente por argollas en las muñecas y en los tobillos, argollas empotradas en la madera del poste hincado en el rocoso suelo.

Tarhit examinó al prisionero, y en el semblante del príncipe adolescente leyóse una expresión de hondo furor contenido.

El prisionero, por el contrario, ostentaba una sonrisa en la que no había burla, sino cierto sarcasmo melancólico.

El silencio prolongábase, hasta que el príncipe Tarhit murmuró haciendo esfuerzos por dominar la ira que hacía temblar sus manos y su vos:

—¿Sabes la suerte que te espera?

Carlos Lezama, el Pirata Negro, denegó con la cabeza.

—La muerte —dijo Tarhit.

—Esto, ya lo suponía. Pero dicen las malas lenguas en el desierto que los tuaregs tenéis por costumbre adornar la muerte de vuestros prisioneros con determinados juegos, poco agradables para quien es objeto de ellos. Por esto repliqué negativamente a tu pregunta, ya que no sé qué clase de suplicios has inventado en mi obsequio.

—Los peores que, descuartizando tu cuerpo, prolonguen tu existencia por espacio de días y días de infinita tortura.

—Hay encono en tus palabras, Tarhit.

—¡Príncipe Tarhit! —exclamó el targui airado, avanzando un paso, con el brazo levantado.

—Serás príncipe para los tuyos; no para mí.

La diestra del adolescente batió sonoramente la mejilla del Pirada Negro, y por espacio de varios segundos, el targui abofeteó sañudamente al prisionero.

Después, retrocedió unos pasos, cruzándose de brazos. El Pirata Negro crispó las mandíbulas, e iba a pronunciar frases de provocación...

De pronto rió en carcajada burlona, distendiendo los músculos mantenidos sólidamente por las cuatro argollas que rodeaban sus tobillos y muñecas.

—Esos bofetones, Tarhit, son casi de agradecer comparados con los suplicios que me destinas. Lo que no acierto a comprender, es por qué leo odio en tu mirada. ¿Por qué soy de raza blanca y distinta a la tuya?

—Te odio.

—¿Por la razón que te he dicho?

—Desprecio a los que no son de mi raza, pero no los odio.

—Entonces, ¿por qué siendo preso de unos, vine a caer en tu ciudad? Si cambié de carceleros, ¿qué culpa tengo yo en ello? No es motivo suficiente para que me odies. Ordena que se entretengan conmigo, pero no te envenenes la sangre con el odio incomprensible, que rezuman tus ojos. Eres muy joven para odiar, Tarhit. Estás en la edad en que yo reía ante cualquier cosa, y en que... ¡Tate! Casi te hablo amistosamente, ¡maldito seas!

—¡Te odio!

—Ya me lo dijiste antes, Tarhit. ¿Por qué?

—Osaste profanar lo inviolable.

—¿Yo? No vine de buen grado. Estaba preso por los tuaregs de

Daj— mur, y luego me apresaron tus tuaregs. Si estoy en tu ciudad, créeme que no es por mi gusto. Por mí, desearía que continuase siendo la ciudad invisible: desgraciadamente tú no eres invisible ni tampoco mis ligaduras.

—No me refiero a mi ciudad. Hablo de Querret-el-Ain.

—¿Consuelo de mis ojos?

—¡La besaste! Estaba entre tus brazos cuando os sorprendí. Por tu gran fuerza, impediste que ella pudiera huir...

El Pirata Negro examinó a su interlocutor.

—Querret-el-Ain no huía de mis brazos, porque voluntariamente vino a ellos. Es algo que mi natural galantería no debería aclarar, pero fué así, y no tengo por qué soportar acusación de algo que no soy culpable.

Inesperadamente el targui avanzó y de nuevo su diestra abofeteó sañudamente al prisionero.

Cuando el príncipe Tarhit retrocedió, cruzándose de brazos, por las comisuras de los labios del Pirata Negro fluía un hilillo de sangre.

Carlos Lezama restañóse la sangre con la lengua, y sus ojos brillaron intensamente.

—Lamento no poderte devolver esas caricias, perro árabe... ¡Cobarde muchachuelo, que golpeas a un hombre atado! ¿Esas son las enseñanzas que te inculcó don Luis de Soto? Si hablas el español tan perfectamente gracias a él, ¿no te dijo, también, que en España y en toda tierra blanca es indigno de ser hombre quien golpea a quien no puede defenderse?

Jadeante el pecho, el adolescente fijaba en el Pirata Negro unos ojos crueles, impregnados de furor y odio.

—¡Besaste a Et-Tehira, la niña pura, a quien jamás hombre alguno osó rozar siquiera con el aliento!

—¡Tate!... Ahora te he comprendido, Tarhit. Quedan excusados tus golpes, porque... si amas a Querret-el— Ain, justo es que ahora te desfogues conmigo. Prepara otra vez tu mano, si estás ya reposado, tuareg.

—Puedes hablar libremente. Ya no te golpearé, porque eres indigno de que mis manos se manchen con tu contacto. Los verdugos se encargarán de aplacar tu jactancia.

—Mientras llega ese momento, bueno será que sepas que amo a

Querret-el-Ain —dijo el Pirata Negro entornando los párpados—. Un amor sublime, porque no tendrá epílogo. Ella seguirá siendo la misteriosa hada que se me apareció en el borde del lago dormida, y yo serviré pronto de diversión a tus carniceros. Pero no oirás gemidos de mis labios, Tarhit. Sólo oirás el nombre de Querret-el-Ain, que, aun fugazmente, logró el milagro de hacerme sentir que en el mundo hay algo que nada puede vencer; y es la sensación de sentirse acariciado por un hálito de pureza. El hálito que mana de la que ha sido Consuelo de mis ojos, y lo será hasta el último instante, cuando la muerte los vele.

—¿Cómo lograste entrar en la gruta de nácar?

—¡Qué importa! Te basta saber que ya no volveré a ella.

—¿Fué Querret-el-Ain quien te mostró el camino?

—No. A ella le vi por vez primera dentro de la gruta de nácar. Llegué hasta allí por el Pozo Mágico, nadando bajo las corrientes que desembocan por una galería que se abre en la pared izquierda del pozo y termina en la gruta de nácar. ¿Qué más quieres saber?

—¿Quién eres?

—Respondo al nombre de capitán Lezama.

—¿Qué hacías en tierra bereber?

—Cazar mariposas de colores. Esas mariposas de alas anchas que mezclan en sus colores el rojo de la aventura, el negro de la tragedia y el amarillo del oro, con motas pardas de buen humor y desprecio a la muerte.

El Pirata Negro rió al terminar su frase.

—Ríes... porque no sabes lo que te aguarda.

—¡Torpe eres, Tarhit! Río porque no quiero gritar mi rebelde amargura; río para no imprecar contra el destino que, en burla postrera, me llevó junto al amor que anhelaba, para luego... oírte a ti, y esperar a tus cortacarnes.

—Tu rebelde amargura es la del aventurero que ha fracasado. Buscabas huir de mi ciudad, llevándote el tesoro que es Querret-el-Ain...

—¡Dejemos de citarla a ella! ¿quieres, Tarhit? Aunque tú eres ahora el que manda, nadie en mi lengua, y no pienso añadir una sola palabra que a ella se refiera. ¿Por qué no te vas y me dejas a solas con mis agradables pensamientos?

—Hay en tu voz inflexiones de hombre acostumbrado a mandar.

Olvidas quién soy.

—Aunque lo quisiera olvidar, no puedo, porque te oigo graznar. ¿Es uno de los sutiles tormentos targuis molestar con inútiles preguntas al que os disponéis a descuartizar?

—¿A qué viniste a mi ciudad?

—¡Buscando un tesoro! Pero encontré otro. ¡Y ambos los tengo que perder!

—¿Qué tesoro buscabas?

—El de Haroun-el-Raschid —y el Pirata Negro rió con estentóreas carcajadas.

—¿A qué obedece tu infernal risa?

—Acabo de pensar en algo que tiene un aspecto cómico, uno de esos aspectos que son los que prefiero ver en las situaciones trágicas. ¿Oíste hablar del tesoro de Haroun-el-Raschid?

—En todo Ifrikis se cita. Pero nadie sabe dónde se halla, aunque lo suponen por esos parajes, en el Djebel Trozsa. Sólo lo podrá encontrar quien disponga del amuleto Askri y de la luz mágica de palabras, que le revelarán el sitio exacto en que se oculta tan fabuloso tesoro.

—¿Tú sabes dónde se halla?

—No.

—Yo sí.

Carlos Lezama rió de nuevo, arqueadas las cejas y mirando irónicamente al tuareg.

—Quiero tener el placer de un desquite en el que tú no podías pensar, Tarhit. Eres príncipe y mandas en esta ciudad. Mandarás que me maten lenta y sabiamente... pero yo me iré siendo el único que en todo el vasto Universo sabe el secreto emplazamiento del tesoro de Haroun-el-Raschid.

—Por la tortura hablarás.

—¡No, amigo! De todas formas, con la tortura ya contaba, hablase o no. Permíteme ese desquite. Miles y miles de monedas de oro brillante; montones y montones de piedras que fulgen destellando luminosas caricias a la vista... Todo eso he contemplado... y me llevaré el secreto. Nunca podrás encontrarlo, Tarhit. Aunque socavases milímetro a milímetro todo el Djebel Trozza, no darías con el lugar donde mis ojos han contemplado el más maravilloso de les tesoros. Puedes ya dar orden de que me

maten a tu antojo, que es mi antojo morir conservando el secreto del tesoro de Haroun-el-Raschid.

El príncipe Tarhit contempló fijamente al prisionero durante unos instantes.

Luego dio media vuelta y silenciosamente abandonó el lugar destinado a las ejecuciones de la Ciudad Invisible.

* * *

Bahía, la argelina virgen del aduar, ignorante de la captura del Pirata Negro, le aguardaba ansiosamente en la tienda construida por él con pieles de camello alrededor de la boca de entrada al Pozo Mágico.

Debía ella comunicarle la reciente muerte de Luis de Soto, el antiguo piloto asturiano, que tan bondadosamente se había comportado con ellos y gracias a cuya intervención habían salvado sus vidas, logrando cierta independencia dentro de su calidad de cautivos para siempre de la Ciudad Invisible.

Y también debía repetir al Pirata Negro, la asombrosa revelación que en su agonía le había hecho a ella Luis de Soto, antes de quedar definitivamente vencido por la senectud. La revelación de que la misteriosa desconocida que respondía al nombre de Querret-el-Ain, y a la cual Bahía no había visto, era Ángeles de Amor, la que en Málaga había sido raptada y hecha cautiva por los piratas de Dragut, la misma en cuya busca el Pirata Negro había zarpado de Cádiz... Bahía oyó aproximarse unos pasos quedos y en el umbral se proyectó la espigada figura del príncipe adolescente.

Por el atavismo racial bereber, Bahía prosternóse respetuosamente ante el que era de casta real entre los temidos tuaregs, y monarca de los kel-air que moraban en los horadados muros de las altas cimas.

El targui acercóse al ancho borde del pozo y contempló la negra hondura sin fin.

Tarhit, meditativo, iba a abandonar la tienda, siempre en silencio, cuando volvió sobre sus pasos, enfrentándose con la argelina.

—Tu padre fue amigo de los tuaregs, Bahía, según me contaste en nuestra primera entrevista. Eres de raza bereber. No puedes, por tanto, mentirme ni intentar traicionar la confianza que en ti pueda depositar. Si estás en mis dominios, es porque mis hombres te

apresaron en compañía del blanco. ¿Por qué motivos ibas con el?

—El capitán Lezama me defendió cuando Dragut atacó su caravana.

—¿Quiénes formaban su caravana?

—Hombres de mar como él. Unos ochenta.

—¿Qué hacías tú por las cercanías de Dragut?

—Acompañaba a mi hermano, Breda, que iba a venderme al pirata mahometano. Mi hermano Breda desapareció. Y el capitán Lezama, al cual servíamos de guía, me dió su protección al quedar yo sola. No quiso comprarme y me trata como a una hermana de su propia raza.

—Entonces, ¿no le conociste en Argel la Blanca?

—No, príncipe y señor de los kel-air. Le conocí en el Dallar.

—Te diría los motivos por los que se atrevía, siendo de raza blanca, a internarse en el Dahar, acción que ningún blanco osó.

—Dijo que lo hacía por impulsos nómadas y errantes de aventurero.

—¡No mientas!

—Añadió que buscaba un tesoro.

—Impulsado por la codicia.

—Tiene un hijo en tierra blanca, y quiere conseguirle cuanto bienestar puede proporcionar el oro.

—¿Es cierto que poseía el amuleto Askri y las palabras mágicas? Ha sido registrado y no se le han hallado.

Ella asintió mudamente.

—¿Qué más buscaba? ¿Sabes dónde ocultó el Askri y las palabras escritas?

—Me dijo que una vez averiguado el secreto, lo tiraría al agua para que el pozo hundiera lejos el secreto.

—¿Qué más buscaba? Tus ojos huyen de los míos, porque me ocultas algo.

El targui hablaba sin acritud, con dulzura.

—Me dijo el capitán Lezama que deseaba rescatar a cuantos prisioneros blancos hallase por su camino. Mató a tu enemigo Dragut para rescatar a una mujer, y expuso su vida en tal empresa yendo solo al encuentro de Dragut. También liberó al anciano Yag-Djema en Kallat-es-Saam, venciendo al pirata judío Sinau y a sus hombres, con lo que permitió que la hija del anciano Yag-Djema

pudiera casarse con el capitán Sidi-Driss.

El targui, mientras escuchaba la voz melodiosa de la que le hablaba en su propio dialecto, la observaba detenidamente como si la viera por vez primera.

Había una vitalidad juvenil en las pupilas de ágata que tenían reflejos dorados.

La carnación de la virgen nómada tenía la calidez del ámbar, como si los dátiles del desierto se macerasen en su hermoso cuerpo.

Un fleco de negros cabellos ondulados le caía sobre la frente y un pañuelo de seda verde cubría a medias la larga y magnífica cabellera negra.

Bahía miraba, con una candorosa expresión respetuosa en los anchos ojos al targui.

—Bahía en argelino significa “hermosa” —dijo lentamente el príncipe Tarhit—. Lo eres cual ninguna mujer de mi raza que yo haya conocido.

Sin añadir otra palabra, el adolescente abandonó la tienda.

Formando una muralla humana con sus cuerpos, varios tuaregs impedían suavemente pero con firmeza, que una adolescente, que pugnaba por salir de la lujosa estancia en que se hallaban, lo lograse.

Ángeles de Amor desistió de su empeño y fue a sentarse entre un hacinamiento de amontonados almohadones espléndidamente bordados y recamados de franjas multicolores.

Los grandes ojos azulados de Ángeles de Amor, eran espejos de absoluta ingenuidad, y los abundosos cabellos castaños enmarcaban el óvalo perfecto de su delicado rostro.

Si el rostro era infantil en sus encantadores rasgos, el cuerpo era de mujer ya florecida.

Pero, más que su perfección física, lo que atraía en ella era una fascinación que emanaba sutilmente, con hechizo de ensueño, de aquella niña mujer.

Los tuaregs desaparecieron al entrar en la estancia el príncipe.

Ángeles de Amor miró al recién llegado, con infantil mohín de enojo.

—¿Por qué me hiciste conducir a esta sala alejándome del hombre que es tu cautivo?

—No debes verle más, Querret-el-Ain. Olvida este suceso como

si se tratase de una pesadilla.

—No debes decir tal cosa, dulce amigo mío —murmuró ella sonriendo a la evocación de lo ocurrido—. Fue maravilloso. Me disponía yo a bañarme en la gruta de nácar y estaba destrenzando mis cabellos cuando él surgió del lago, aprisionó mi pie y me llamó hada. Primero me causó miedo, porque es fuerte y su risa me daba escalofríos. Lo creí un tritón, pero me dijo que era un cautivo tuyo. Me habló extrañamente, y al conjuro de su voz y de las bellas palabras que me decía, sentí ardor en mis mejillas siempre frías, y en mis venas alentó la tibieza que tú me dijiste es lo que se llama amor.

Tarhit respiró hondamente; no podía casarse con la que amaba sin habérselo nunca declarado, porque debía cumplir el mandato de su tribu que, por imperativo que en el lecho de muerte le había repetido Aboghelité, su padre, le obligaba a no enlazarse con mujer que no fuera de la raza bereber...

—Olvida al capitán Lezama, Querret-el-Ain.

—Capitán Lezama —repitió ella en voz baja acariciando las dos palabras con ademanes lentos—. No sabía cuál era su nombre. ¿Qué es capitán?

—Un hombre que entre los blancos manda en otros que llaman soldados. También lo es el que manda en hombres de mar. Y también se aplica al aventurero que acaudilla a otros aventureros.

—¿Qué es un aventurero?

—Un hombre que no tiene hogar ni arraigo; un hombre que no respeta las leyes y lucha a sangre y fuego para conseguir sus propósitos; un hombre que se burla de la muerte, porque vive siempre teniéndola por compañera predilecta.

—Si el capitán Lezama es un aventurero, nada malo ha hecho, porque cuando sus ojos me miran son buenos. Ha de ser amigo tuyo, Tarhit. Porque yo quiero que tú consientas su boda conmigo. Quiero casarme con él, porque le pertenezco.

—Tu boda con él es imposible, Querret-el-Ain.

—Me ama y yo también.

—Es un aventurero y morirá por mi orden.

Tarhit abandonó rápidamente la estancia, cerrando la puerta al salir. Se dirigió a la tienda donde se hallaba Bahía, quien, al verle, le saludó con una profunda reverencia.

—Ven conmigo, Bahía.

Ella le siguió dócilmente, y poco después el targui abría una pequeña puerta, señalándole el interior del reducido aposento alumbrado por teas resinosas que crepitaban chisporroteando.

Cerró el targui la puerta a espaldas de Bahía, permaneciendo con los oídos aplicados a la rendija por donde podía oír cuanto se dijera en la cámara de tormentos y ejecuciones.

* * *

Bahía, parpadeando, desvió la vista de la puerta que acababa de cerrarse tras ella, y al ver el poste ancho y rectangular hincado en tierra, percibió la figura atada a él.

Gritó en angustiosos e incoherentes exclamaciones de dolor, y abalanzóse frenética intentando liberar al prisionero.

—Es inútil que te estropees las uñas arañando, hermosa —dijo el Pirata Negro—. Estas amarras son estúpidamente sólidas e insensibles a todos los esfuerzos.

—¿Qué ha sucedido, capitán Lezama?

—Entré en un pozo obscuro, llegué a una gruta de encanto, y terminé aquí. Eso es todo, por ahora. No creo que el señor de Soto, con toda la amistad que me dispensa, logre evitarme un mal fin.

—El señor de Soto ha muerto —sollozó ella.

—Lo siento. Era un hombre bueno. De los pocos buenos que en mi vida he conocido.

—Le asistí en sus últimos momentos... Pero ¡no puedo soportar la idea de que tú...!

—No hablemos de mí. Bahía. Los dados han sido echados y han rodado en contra mío. No me entristezcas con tus lamentaciones. Quiero de ti una merced.

—Cuanto quieras haré, sea lo que sea.

—Tuve un espléndido ensueño. Se llama Querret-el-Ain mi ensueño. Disfruta de la amistad del príncipe Tarhit. Cuando yo repose en la tierra de la nada, en paz conmigo mismo, porque mi cuerpo ya no batallará con mi espíritu, dile a ella, cuando la veas, que al irme para siempre, su imagen fué la que constantemente me acompañó.

—¡Te atormentarán!

—Eso no se lo has de decir. Pero calla, Bahía —sonrió él—, porque estoy hablando yo. Dile a ella que fué para mí el más

delicioso de los ensueños. Miéntele, porque es niña de espíritu y no hay doblez en su imaginación. Dile que regresé al agua, y que quizás algún día volveré a verla. Si ahora estoy inquieto, no es por mi cercana muerte, sino porque en mi evocación no quiero verla entristecida por mi culpa. Dile que ella y mi hijo fueron mis últimos pensamientos, antes de hundirme en la nada. Haz por consolar su rabieta infantil y su primera pena. Miéntele. Dile que yo no la habría hecho feliz... Mentirás, porque alma y cuerpo habría yo destinado al único fin de saberla dichosa. Y ahora... vete, virgen del aduar. Pueden sorprenderte conmigo.

—¿Amas a Querret-el-Ain?

—Sí.

—¿Tanto como el sediento desea el manantial?

—¡Más, porque es deseo de mi espíritu! Es un amor que nació fulgurante y que, por ser sin esperanza, me redime de cuanta turbiedad pudo haber en mi pasado. Si no la hubiese hallado aquí, donde toda huida es imposible, la habría hecho mi esposa.

—El señor de Soto me habló, al morir, de Querret-el-Ain. Querret-el— Ain es la niña cautiva por la que tu te internaste en el Dallar. Es Ángeles de Amor.

—¡Imposible!

—El señor de Soto pronunció en sus últimos momentos palabras que te reproduzco fielmente. Me ordenó que si él no te volvía a ver. te dijese que Querret-el-Ain es la niña de la ciudad de Málaga; que su verdadero nombre es Ángeles de Amor; que al ser raptada, la impresión hizo que perdiera la memoria de su infancia. No recuerda más que lo sucedido a partir de sus doce años, que fué cuando los kel-air la arrebataron a los piratas de Dragut. Hace ya cuatro años que vive entre los kel-air, porque Aboghelité, el padre del príncipe Tarhit, la proclamó Et-Tahira, pura e intocable, dándole como compañera de juegos a su hijo.

—Esa es la última ironía de mi sino: Saber que la que amo es la que por todo el Dallar buscaba, creyéndola una niña de corta edad. Escucha, Bahía; de nada servirá que tal revelación la hicieses a la que se cree una kel-air. ¡Que siga siendo siempre Querret-el-Ain...!

—¡Yo suplicaré al príncipe Tarhit que te...!

—No, hermosa. Si yo fuese Tarhit, y alguien entrase en mis dominios, quizás haría como él. No supliques en vano. ¡Vete...! Que

seas feliz, Bahía, porque eres buena y mereces cuanto bueno la vida pueda darte. ¡Calla! Vete y no hables. ¡Adiós, virgen nómada!

Ella dirigióse a la salida, ocultando el rostro entre las manos. Tarhit había entreabierto la puerta, y al salir Bahía, la cerró tras ella.

El príncipe Targui cogió del brazo a la sollozante argelina y la condujo hasta la sala en que había muerto Luis de Soto.

Cogió de un estante uno de los muchos manuscritos en los que, en apretados pliegos, Luis de Soto había archivado numerosas notas históricas extractadas de libros.

El targui eligió un delgado infolio en cuya portada leíase:

"HISTORIA DE UN AVENTURERO"

—Coge este manuscrito, Bahía. Lo entregarás a Querret-el-Ain.

—No la conozco ni sé dónde está, príncipe y señor de los kel-air.

—Yo te conduciré hasta su aposento, y con ella te dejaré a solas. Le dices que es preciso que lea esta historia. Después, yo os iré a visitar.

Tarhit repitió la misma operación que recientemente había verificado. Cuand0 Bahía quedó encerrada en el aposento donde se hallaba Ángeles de Amor, Tarhit escuchó la conversación por entre el arabesco calado de un muro.

—Soy Bahía y me manda el príncipe Tarhit —decía la argelina a modo de saludo.

No oyó él respuesta alguna. Sólo la voz de Bahía, que al cabo de unos instantes de silencio, añadía:

—El príncipe Tarhit desea que leas esta historia de un aventurero. Después que la hayas leído, entonces vendrá él.

Tarhit oyó el rumor del pergamino crujiendo al ser manoseado. Luego, el silencio reinó por completo en la sala donde se hallaban las dos mujeres.

Tarhit vió por los calados cómo Ángeles de Amor empezaba a leer, mientras, en un rincón, Bahía, cogiendo un amzad, vertía en las cuerdas del laúd targui la música de todo su íntimo dolor.

CAPITULO II

Historia de un aventurero

“Don Juan de Serrallonga fué un noble que vivió sus primeros años en la casa solariega de Caroz, pueblo sito en el corazón de las Guillerías catalanas. Don Bernardo de Serrallonga, su padre, gozaba de los privilegios que le confería el vestir hábito de la Orden de Montesa.

”La existencia azarosa de Serrallonga hijo, tuvo su origen en un hecho relacionado con los Torroellas.

”En las cercanías de Barcelona existió una quinta perteneciente a una las más ricas familias del Principado. La ocupaban don Carlos de Torroellas, heredero, con su hermana Juana, de una gran fortuna y apellido ilustre. Aunque doña Juana residía accidentalmente en París en compañía de su tío Hildelbrando de Rocamur, ya su hermano, don Carlos, había pactado el matrimonio de aquélla con el noble don Luis de Montblanc.

”Sin que se sepa exactamente el motivo, lo cierto es que en un encuentro habido entre don Luis de Montblanc y don Juan de Serrallonga, éste quitó la vida en duelo al prometido de doña Juana de Torroellas.

"Aquella muerte concitó todo el odio de don Carlos contra el matador de su presunto cuñado. La nobleza catalana, a la que pertenecían, tomó partido por la venganza de Montblanch, y bien pronto Serrallonga se vió perseguido por el bando de los Cadells, que representaban a la aristocracia.

”No había aún sonado la hora de que el señor de Caroz empuñara las armas junto al pueblo catalán, y en evitación de mayores males, don Bernardo, su padre, le envió a París con tan buena bolsa como mal talante,

”En la capital de Francia, Serrallonga se hizo pasar por el

caballero castellano don Alonso de Chaves. Una tarde, vió sorprendido su paseo al contemplar un caballo que se lanzaba desbocado por cierta avenida, llevando a una linda amazona.

”Don Juan previó el peligro y a toda la rienda de su caballo, comenzó a perseguir al desbocado, interceptándole el paso y rindiéndole con su destreza.

”La dama que se había visto en inminente peligro, le ofreció, en reconocimiento de gratitud, toda su amistad. Y desde aquel día pasearon juntos a caballo por las avenidas parisienses doña Juana de Torroellas y don Juan de Serrallonga o don Alonso de Chaves. Los amores que engendró el trato diario les hicieron confidentes, hasta el punto de delatarse Serrallonga como el matador del prometido de doña Juana.

”Pero la noticia reveladora no inmuta grandemente a la enamorada, cuya única inquietud es el temor de una represalia por parte del rencoroso ánimo de don Carlos, su hermano.

”Ha llegado la hora de partir. Doña Juana se reintegrará a su quinta de Barcelona. Y al despedirse, en promesa que recogen los árboles de un frondoso parque parisiense, la cuitada jura a don Juan que será de él, aunque se oponga toda la nobleza catalana.

”Serrallonga ha vuelto a su casa de Caroz, donde aun vive el caballero de Montesa. Éste, con paternal desvelo, quiere resolver el problema sentimental que se ha planteado a su hijo, y no tiene inconveniente en presentarse en la quinta de los Torroellas a pedir a don Carlos la mano de su hermana.

”De cómo fué recibido y qué éxito tuvieron sus gestiones, habla, mejor que otras referencias cualesquiera, el hecho definitivo de don Juan de Serrallonga, poniéndose al frente del partido de los “Narros”, los enemigos de los “Cadells”.

”La lucha de los dos bandos se hace cruenta. No pasa día que no se registre un encuentro entre las dos tropas, una agresión o una muerte en satisfacción de venganza.

”Capitaneaba por aquel entonces el partido de los “Narros” un labrador catalán, con quien Serrallonga tenía lazos de consanguinidad, llamado el “Fadrí de Sau”. La incorporación de Serrallonga fué incremento en esta lucha, que entró en un período de actividad desgraciada, en la que el nombre del propio don Juan, del “Fadrí de Sau”, de “Tallaferro” y del “Tut” quedaron escritos

con sangrientos caracteres.

”A fines del siglo XVI, el embajador de Venecia en España, Navaggiero, introdujo la costumbre de celebrar los carnavales con bailes de máscaras al estilo de su país.

”El palacio de los Torroellas, en este carnaval de 1630, se ha engalanado con despilfarradora esplendidez para celebrar un baile de máscaras al que concurrirá toda la nobleza catalana.

”El “Fadrí de Sau” ha comprado a Roberto, criado de los Torroellas, que le introducirá en la fiesta con los de su bando. Los salomes son un ascua de oro, reverberantes de toda la riqueza que atesoran al río de luz deslumbradora, que parece un fuego devastador.

”Ya la fiesta ha comenzado; las músicas se unen a la algarabía de las conversaciones, y algunas máscaras van como cambiando el santo y seña convenido; todas ellas se tocan con un antifaz blanco.

”De súbito aparece por la puerta del salón un caballero con sombrero chambergo de vistosa pluma, calzones de terciopelo negro, coraza de acero con golilla de hierro sobre el coleto de gamuza, cinturón de cuero con hebilla, bota hasta media pierna, guante con manopla, escarcela para municiones, espada colgante del tahalí y al cinto daga y dos pistolas.

”La presencia del recién llegado ha sembrado la confusión y el espanto. De la boca de algunos sale el nombre del importuno visitante:

”—¡Serrallonga!

”Y, en tanto que los más cobardes se repliegan en una huida a otros salones, los enmascarados del antifaz blanco han roto su disfraz, bajo el que aparecen los “Narros” con su gorro encarnado, larga chupa de burdo paño, faja azul, calzón de cuero, botines y gruesos zapatones, cacerina en bandolera y pistoletes al cinto.

”El baile ha quedado disuelto de una manera violenta, y los “Narros” se han hecho dueños de los salones. En la confusión y revuelta, del brazo de Serrallonga sale de la casa, escoltada por los de su bando, una mujer; es doña Juana de Torroellas, la hermana de don Carlos, que cumple el juramento que hizo a don Juan una tarde en cierto parque de París.

”Y doña Juana de Torroellas reviste su traje de guerra, consistente en un sombrerito con pluma, tonelete de coraza con

manga abierta, falda corta, botitas un poco achambergadas, escarcela para las municiones, una banda de la que pende la espada-daga y pistoletes en los bolsillos de las faldetas del tonelete.

”Los “Narros” acatan su autoridad como la compañera de don Juan de Serrallonga. No obstante, alguien de la partida desacepta este imperio femenino de la forma en que su protesta puede tener mayor éxito: es el criado Roberto, que se hizo de la partida.

”Tras unas escaramuzas con la guardia del Rey, acampan los “Narros” en las proximidades de Vich. Roberto ha vendido el secreto del asilo al “veguer” don Juan de Colmenar y éste lo ha puesto en conocimiento del capitán de tercios don Salvio Fontanellas y Pradell, quien, con una compañía a sus órdenes, prepara una emboscada a los de Serrallonga, que logran salvarse, pero sin poderlo hacer doña Juana, que queda prisionera del capitán, y es más tarde reintegrada a casa de su hermano don Carlos.

”25 de julio de 1632. En Castellón de Ampurias vive la viuda de Eusebio Macissa, dueña de un molino, que se resiste a los constantes requerimientos de amor que la atraen los encantos no marchitos de su viudez.

”Una promesa religiosa la lleva en peregrinación al santuario de Nuria, y en el camino se topa con las gentes de Serrallonga. Don Juan hace respetar a la asustada peregrina, a cuyo ánimo devuelve la serenidad, haciéndola acompañar de su gente.

”Cuando la viuda de Macissa se reintegra a su casa, don Juan de Serrallonga recibe el ofrecimiento de una hospitalidad desinteresada. Nadie sabe que haya aprovechado tal ofrecimiento, pero los mismos enamorados de la molinera murmuran de la presencia de un caballero que se llega diariamente al molino, ya bien entrada la noche.

”Entre los pretendientes de la viuda de Macissa se cuenta el real comisario don Honorato Pacoll. En el molino sirve un mozo avispado que responde al nombre de Andresillo. El comisario Pacoll ha sobornado al mozo para que una noche le deje abierta cierta entrada al molino.

”La noche convenida, y antes de que don Juan de Serrallonga llegue, ya gentes pagadas por Pacoll han entrado en la casa y han arrancado violentamente de su lecho a la viuda de Macissa,

conduciéndola a una finca próxima conocida por la hacienda de los “Bessons”.

”La sorpresa de Serrallonga se trueca en furor contra el comisario raptor; inquiere hasta averiguar el paradero de la viuda, y una noche, con sus secuaces, allana la morada de los “Bessons”, recupera a la molinera y pega fuego a la casa, después de dejar muertos a los dueños de la hacienda y al raptor de la viuda de Macissa.

”El “veguer” de Vich, don Juan de Colmenar, instado por don Carlos de Torroellas, no cesa en la persecución de Serrallonga. Un día, decide éste salir para Roca Horadada, y el propio Roberto, el traidor de la partida, vende el secreto al señor “veguer”.

”Las tropas preparan la emboscada, pero el “Fadrí de Sau”, que viene espiando a Roberto, invierte los términos de la traición, y resulta capturada la tropa por las gentes de Serrallonga. Don Juan se ha mostrado magnánimo con sus enemigos. Los soldados quedan en libertad, y el capitán de Tercios, Salvio Fontanellas, ha de reconocer la nobleza e hidalguía de don Juan de Serrallonga.

”Por nombramiento del Virrey, es elevarlo a “veguer” de Barcelona don Carlos de Torroellas. Una de las medidas primeras de su gobierno fué pregonar en dos mil ducados la cabeza de don Juan de Serrallonga. En vano su hermana solicita piedad para el hombre que ama. Doña Juana, que ingresó en el convento de Santa Clara al punto de ser rescatada, se reintegró a su casa solariega al nombramiento de su hermano para “veguer” de Barcelona.

”Un día, el propio “veguer” ha recibido el anuncio de la visita de don Antonio de Fontseca, rico hacendado de Vich, a quien recomienda don Juan de Colmenar. En el despacho de Torroellas hace su entrada un caballero, acompañado de su paje.

”Apenas se han cruzado entre ambos interlocutores los cumplidos de rúbrica, cuando entra en el mismo aposento don Juan de Serrallonga. Viene decidido a morir o a matar en duelo a Torroellas. Éste acepta el reto, y, pretextando ir a buscar armas, vuelve con el capitán Salvio y sus soldados, que prenden a Serrallonga.

”El caballero Fontseca ha sabido ganarse la amistad confiada del “veguer” de Barcelona, hasta el punto de que éste le confíe a su hermana para que la vuelva al convento de Santa Clara.

”El hidalgo de Vich sale del palacio del señor “veguer”, pero en lugar de tomar el camino del convento se dirige a Caroz con doña Juana para poner en libertad al secuestrado y auténtico don Antonio de Fontseca, de quien el “Fadrí de Sau” ha tomado su nombre y documentación para raptar así a doña Juana por indicación de Serrallonga.

”Cuando los soldados reciben la orden de traslado del reo ven con sorpresa que Serrallonga se ha evadido de la prisión provisional que se le facilitó en la propia casa del “veguer” de Barcelona.

”Unidos de nuevo doña Juana de Torroellas y don Juan de Serrallonga, la encarnizada persecución de que les hace víctimas su hermano les obliga a determinar huir del suelo catalán.

”En su vida de tránsfugas, se refugian en la rectoría de Esposes, donde el rector les recomienda al párroco de Castenyadell, y los hermanos Monner, del partido de los “Narros”, hacen que el abad de Bañólas les proporcione don monjes del monasterio de San Pedro de Roda, que les acompañarán hasta Llansá, en cuya próxima playa encontrarán una barca para su huida.

”En Francia viven bien, tranquilamente; pero la muerte de don Bernardo de Serrallonga hace que el hijo quiera volver a su casa, a riesgo da desafiar nuevamente la ira del “veguer” de Barcelona.

”Ya en Caroz, don Juan reorganiza el partido; pero el propio traidor que le vendió dos veces lo hará la tercera con más fruto y éxito. Por los de Serrallonga se llevan a cabo algunas aventuras de escasa trascendencia; pero ya en el ánimo de don Juan pesa el arrepentimiento con un peso de meditación y de renuncia a la lucha.

”Una noche ha oído cantar por una voz ignota cierta canción que resuma su vida aventurera y que termina con este refrán:

“Bernat de Serrallonga
murió desesperado,
prometiendo que a su hijo
él mismo entregará.”

”En el desequilibrio de su ánimo, antójasele profecía el pensamiento de la copla que anuncia su entrega por su propio padre, desde la tumba. Una noche tormentosa, en que el relámpago rasga en puñalada de fuego el negro manto de la noche, sin luminarias estelares, don Juan de Serrallonga cruza por una puerta

de comunicación de la casa al panteón de la familia.

”Allí, solo, ante los túmulos de sus antepasados, se dirige a las estatuas que les personifican, en interrogación, para que juzguen su conducta. La locura tiende por un instante un lazo a su buen juicio y a su imprecación:

“...Por absuelto puedo darme.
Bien hecho está lo que he hecho,
pues no abandonan su lecho
los muertos para acusarme...”,

responde una voz que le ordena rendirse.

"Roberto, el traidor criado de los Torroellas, ha delatado al “veguer” de Vich la presencia de don Juan en su palacio; los soldados del capitán Salvio sorprenden a don Juan junto al sarcófago de su padre, y Serrallonga se entrega sin resistencia, obediente a la voz que él juzgó de ultratumba.

”Ya le llevan camino de la prisión, de donde no saldrá sino para el cadalso. En el panteón de la familia Serrallonga, se queda Roberto comprobando la autenticidad de las monedas ganadas con su traición. Pero “Tallaferró” le sorprende y le hunde un cuchillo en el corazón.

”Doña Juana se pone al frente de los “Narros”. El Tribunal que condena a Serrallonga le conmuta la pena en gracia de su ejecutoria nobiliaria, y, en vez de ser ahorcado, se le decapitará por el verdugo, como es práctica con los nobles.

”Los soldados rinden honores de formación: en los cuatro costados del cadalso se han colocado los escudos con las armas de la casa de Serrallonga. Ya el verdugo ha pedido perdón al reo por su muerte. El atabal da el último redoble que oirá en vida don Juan de Serrallonga.

”Fué enterrado en el panteón de familia, en Caroz.”

Capítulo III

Los sitios

Un nómada bereber que, solitario, se dirigía al oasis de El-Khoder, en su camino hacia la región tunecina, volvió grupas precipitadamente, ocultándose de nuevo tras la duna que hasta entonces le había impedido ver lo que sucedía en el oasis que suponía desierto, o a lo sumo ocupado por algún otro nómada que, como él, fuese en busca de dátiles y agua.

Miedosamente, pero dominado por la curiosidad, acechó el espectáculo que allá, ante él, ofrecían los diablos de las montañas a las órdenes del caíd Zorreig, el renegado español llamado en el mar Drub "el Diablo".

Los jinetes de la montaña formaban un ancho círculo que sitiaba el oasis a una distancia de media legua.

Destacáronse de pronto varios jinetes a todo galope; de detrás de las palmeras y las rocas del oasis se elevaron nubecillas de humo blanco antes de que a oídos del oculto observador llegase el estampido de los disparos de los sitiados.

Las pistolas de los ochenta piratas parapetados en el oasis hicieron blancos certeros entre las movedizas masas, y los jinetes supervivientes regresaron a sus primitivos lugares en el compacto círculo distante.

El nómada alejóse a toda prisa de aquel paraje...

En el oasis, "Piernas Largas" y "Cien Chirlos", arrodillados detrás de una roca, intercambiaron una mirada después de la huida de los jinetes que habían salido indemnes.

—¿Por qué malignas pestes se les ocurrió venir a que disparásemos contra ellos? —gruñó "Cien Chirlos".

—Porque saben que somos idiotas.

La réplica del andaluz aumentó la ya considerable confusión del

lugarteniente de confianza del Pirata Negro, que miró torvamente a "Piernas Largas".

—¡Bromas a mí, no, chiclanero!

—No entiendes ni de bromas ni de cosas serias, ¡so bruto! Dije que nos saben idiotas, porque nos mandó Drub "el Diablo" esos jinetes de señuelo para que nosotros disparásemos. Para que agotemos las municiones, ¿comprendes ahora, carota? Pero hemos picado una vez; no picaremos otra.



... parapetados en el oasis hicieron blancos certeros...

—Ya me olía esto a raro.

El andaluz corrió agachado, seguido de "Cien Chirlos", hasta el centro del oasis, y, entre dos caballos echados, discurseó vociferante, dirigiendo sus palabras a los restantes piratas:

—¡Escuchadme sin moveros, compadres! No se dispara más, porque lo que los barbudos pretenden es que nos quedemos sin pólvora. ¿Nos sitian? Bueno. También nosotros les tenemos en la cuchara. Porque si avanzan se meterán en los fosos. O sea, que a esperar se ha dicho. Si atacan, que ataquen. El cinturón de fosas nos ahorrará cavarles tumbas. Cada cual que siga quieto en su sitio; y al primero que dispare sin dar "Cien Chirlos" la orden, le pateo yo los hocicos.

Ambos piratas regresaron a su posición avanzada, en la roca

distante unos pasos de la excavación que en anillo y cubierta de engañadoras palmas rodeaba el oasis.

—El Drub sabe que hay las fosas —comentó “Cien Chirlos”—. Por eso no ataca. Aguardará a que se nos acaben las provisiones.

—Entonces, aguardará años. Porque sobran dátiles y sobra agua. Es la primera vez en la vida que el agua no me da asco. Claro que si fuese vino me agradaría más; pero así como al olmo es tonto quien le pide peras, tampoco puedo yo pretender que los “oasises” se conviertan en bodegas de esas de mi tierra chica, donde cuelgan jabones ahumados, de rosadas carnecitas, y donde te tiendes bajo un barril, abres la espita y amaneces tres días después sin darte cuenta de que has dormido feliz. ¿A que no aciertas lo que me gustaría ahora?

—No pierdo tiempo en acertijos —rezongó “Cien Chirlos”, desdeñoso.

—Deberías estar de buen humor, ¡carota fea! Tú mismo aseguraste que preferías el panorama de esos barbudos al de las arenas sin ruido.

—¡Claro, porque así el tiempo se me hace más corto! Me dió contento el haberle podido agujerear un brazo al Drub del demonio, pero también me dió grima y me quedó pesadumbre.

—¿Por qué?

—Porque más me habría contentado dejarlo patitieso.

—¡Todo se andará! No desesperes. Y una de dos: o se irán cansados, lo cual me desilusionaría, o atacarán en masa. Y habrá zafarrancho fuerte. “Él” nos dijo que en este oasis no entraba ningún ensabanado. Hay que cumplir, y cumpliremos. Aquí no entrará ninguno de estos ensabanados que se creen los tunantitos que nos sitian; pero lo que me gustaría saber ahora mismo es las perrerías que estará imaginando en estos momentos Drub “el Diablo”.

* * *

Drub “el Diablo”, mientras le curaban el brazo herido por el disparo “Cien Chirlos”, dictó órdenes a su segundo:

—Irás con algunos a la montaña. Regresarás con todos los cautivos y todos mis hombres, Que traigan consigo la catapulta. También las jaulas de fieras y, en sacos, las serpientes, Ponte en marcha!

Varios jinetes, al mando del segundo salieron a todo galope en dirección opuesta al oasis.

Drub “el Diablo”, mientras seguían curándole el brazo herido, imaginaba los mil suplicios que aplicaría a aquellos ochenta aventureros, que poseían la misma insolencia que el ausente jefe que los mandaba en la primera ocasión en que se presentó en El-Khoder.

Cuando llegasen los elementos que había enviado a buscar, la muerte se enseñorearía del oasis.



Pasaron tres días y tres noches sin la situación de ambos grupos enemigos variase ni sufriera la menor alteración.

Las huestes de Drub “el Diablo” seguían formando un círculo compacto y sitiador, alejado media legua del oasis, y los ochenta piratas continuaban vigilantes, viviendo como a bordo cuando las navegaciones lo eran por peligrosas.

De cada cinco hombres, uno dormía, mientras los otros cuatro no perdían de vista a los diablos de las montañas, pacientemente acampados.

“Piernas Largas” y “Cien Chirlos” turnábanse en dormir, y al amanecer del cuarto día, “Cien Chirlos”, al sentir en sus párpados cerrados la claridad del sol naciente, abrió los ojos.

Bostezó ruidosamente, desperándose con crujidos de sus poderosos omóplatos, mientras rascábase prolongadamente la enmarañada cabellera.

—¡Siguen ahí! —comentó, a guisa de saludo.

—¡Y no dicen esta boca es mía! —replicó “Piernas Largas”.

Al cabo de unos instantes, el andaluz añadió:

—Yo creo que se les acabarán pronto las provisiones, y tendrán que comerse sus camellos a la parrilla... ¡Ojalá se les indigesten y revienten como sapos! Empieza a reventarme a mí el verles ahí tan quietecitos, como si velasen en un entierro.

“Cien Chirlos” dedicóse ahora a limpiarse los ojos con el faldón de la camisa.

—Si no sumasen un par de cientos, pondríamos palanca en las fosas e iríamos a enzarzarnos con ellos, ¿eh, carota?

—“Él” dijo que nadie debía entrar aquí; pero también dijo que no debíamos salir para nada del oasis hasta que él volviese; y

volverá antes del mes, como prometió.

Al terminar de hablar, "Cien Chirlos" masticó con desgana varios dátiles y bebió un sorbo de agua.

—Dulce, y encima agua, es como comer pan con pan —comentó el andaluz, imitando a "Cien Chirlos"—. Con lo bien que me sentaría agarrar con la zurda un pellejo de tinto pastoso y en la diestra sostener un pollo asado de esos grandotes y tiernos que... ¡Anda! ¡Atisba dos puntos a estribor!

"Cien Chirlos" miró hacia el lugar señalado.

Una larga caravana negreaba en el horizonte de arenas, y poco a poco sus componentes fueron haciéndose visibles a medida que se acercaban a los acampados.

Los jinetes de los flancos de la caravana latigueaban incesantemente a los cautivos, en su mayoría argelinos, que penosamente y con fatigosos esfuerzos arrastraban con cuerdas, un voluminoso artefacto de madera compuesto por una plataforma con la que formaba ángulo agudo un grueso madero cuyo vértice apoyábase en la plataforma arrastrada.

Otros cautivos portaban a hombros sacos de gruesa piel de cabello.

Otros arrastraban varias jaulas de donde se elevaba una impresionante cacofonía de rugidos y aullidos...

—¿Es que piensan instalarse aquí para los restos? —murmuró "Piernas Largas"—. Se traen todo el ajuar.

—Cuando "él" veía a los enemigos hacer maniobras, decía siempre que es deber del que está sitiado pensar cómo es lógico que piensen los que sitian. Piensa tú como ellos, andaluz.

—Trataré. Si yo fuese barbudo, estaría indignado al ver que unos blancos apestosos se aguantan en un oasis africano impidiendo que ellos, que son de la tierra, entren en él. Pensaría que esos fosos del torno me impiden entrar. Trataría pues de inventar alguna treta que me lo permitiera.

—Traen una catapulta y fieras. Con la catapulta nos lanzarán rocas para aplastarnos.

—No. ¿De dónde sacarían las rocas? Llevan maderos...

Ambos lugartenientes examinaban las maniobras de los diablos de las montañas que, agrupados alrededor de la plataforma de la catapulta, encendían hogueras.

—¿Pensarán lanzarnos maderos en fuego? ¡Torpe triquiñuela! Aquí sólo arderán las palmeras. Esto no es un barco... ¡Cuánto daría por estar en el “Aquilón! Les mandaríamos andanadas que les troncharían...

—No estamos en el velero. Aguardemos a ver qué hacen.

Varios árabes colocaban encima del resalte final de la tensa catapulta dos voluminosos sacos de gruesa piel de camello.

Uno de los secuaces de Drub el Diablo aplicaba en la boca del saco una madera llameante, y el fuego prendía en la piel...

—¿Qué contendrán esos sacos? ¿Pólvora? —preguntóse en voz alta el andaluz.

—Ahora lo veremos. El tipejo que maneja la cuerda de suelta, se dispone a soltarla... ¡Ahí va!

La catapulta resanó vibrante como un gigantesco violín. Surcó los aires el doble bulto, que al atravesar la atmósfera, activó su rojizo llamear.

Los dos sacos cayeron en el centro del oasis, cerca del lago formado por el continuo fluir del manantial.

Aproximóse “Piernas Largas” receloso, esperando que de un momento a otro estallase y dispuesto a abatirse cuan largo era en el suelo.

Pero los dos sacos iban humeando coronados por una cimera de llamas, sin que se percibiera en ellos nada de anormal.

De pronto, el andaluz adelantó una mano entreabriendo el índice y el dedo medio en horquilla...

—¡“Bichas”! —gritó atemorizado.

Para “Piernas Largas” sólo había en el mundo una cosa capaz de quitarle todo valor: las serpientes.

A la repulsión que el reptil le producía, uníase la superstición del que, por haber nacido en el campo andaluz, atribuía a ese animal poderes maléficos y embrujados.

Retrocedió corriendo... Por la boca de los dos sacos, silbando encolerizadas, iban saliendo las “víboras en serpenteante profusión.

Colgantes las agudas lenguas en las abiertas fauces, fueron alejándose de los sacos en que habían estado encerradas, dirigiéndose hacia los piratas.

“Cien Chirlos” empuñó uno de los troncos de palmera alisados para que viera de salida del oasis y atravesar los fosos.

Alzándolo encima de su cabeza, cual un titán furioso, lo abatió contra la primera oleada de reptiles.

Animados por su ejemplo, varios otros se lanzaron con sus sables a detener la avalancha de los temibles y venenosos animales.

Estallaron varios disparos y gritos de angustia.

Alguno de los reptiles había logrado morder en carne, y describiendo veloces “eses” encima de la arena, huía del oasis…

Resonó de nuevo el violín de la catapulta y dos nuevos sacos cayeron, pero se hundieron en el lago…

Los piratas abatían y alzaban rápidamente sus sables, pero muchos de ellos, que tenían piernas y pies desnudos, gritaban angustiosamente al sentirse aguijoneados por los agudos dientes y colmillos que destilaban su mortal veneno.

“Cien Chirlos” barría incansablemente el suelo delante de sí con circulares y contudentes golpes de tronco…

La catapulta repitió por tercera vez su distenderse y cuatro sacos en llamas surcaron el espacio abatiéndose entre el grupo de piratas que pugnaban por vencer al enemigo inesperado.

Los que habían sido mordidos, sabiéndose próximos a la muerte, batallaban ya sin reserva, enloquecidos y desorbitados los ojos, mientras, a sablazos y puñaladas, cercenaban los viscosos y deslizantes cueros escamosos y alargados, que silbaban rencorosamente en agónicos coletazos…

El oasis convirtióse en un dantesco campo de lucha entre los corpulentos batalladores humanos y los minúsculos, y por eso tanto más escurridizos contrincantes.

La astucia árabe había sacado el mayor partido de la situación, porque las víboras excitadas por su largo encierro en la obscuridad, y azuzadas luego por el calor de las llamas que, devorando la piel, les abría el camino de sus prisiones volantes, saltaban hacía delante como saetas venenosas.

Al cuarto de hora de lucha infatigable, la catapulta cesó en sus lanzamientos. Habían agotado la original munición…

Estremecíanse aun por la arena trozos cortados de serpiente… “Cien Chirlos”, como un torbellino desatado, continuaba asestando recios mazazos en cuanto pedazo verdoso y moviente apercibía…

Echados de bruces, los piratas mordidos por las víboras, refrescábanse los ardorosos rostros hundiéndolos en el lago.

Algunos de ellos procedían a curarse inútilmente, aplicándose en las heridas hinchadas y violáceas las puntas de sus puñales y hurgando hasta lacerar las carnes envenenadas.

Los diablos de las montañas observaban desde lejos...

"Piernas Largas", lívido y castañeteantes los dientes, se repuso cuando comprobó, después de prolongada observación, que no había más sacos de piel de camello amontonados junto a la plataforma de la catapulta, hacia la que tendió el puño airado...

Fué a palmetear repetidamente en la espalda sudorosa por el ejercicio de "Cien Chirlos".

—¡Ya no quedan "bichas"!

"Cien Chirlos" dejó caer el tronco, resoplando y envuelto el cuerpo en el humo de su sudor copioso.

Dirigiese al pequeño lago, donde se dejó caer de pecho, y por espacio de unos instantes quedó sumergido. Salió a flote respirando con amplitud y en tierra se sacudió como un perro mojado...

—¿Qué nos mandarán ahora? —murmuró "Piernas Largas" rabioso.

De nuevo reinaba la actividad entre los diablos de las montañas. Oíanse restallar los látigos que rayaban en sangre las desnudas espaldas de los cautivos argelinos que empujaban las jaulas.

"Cien Chirlos" fué recorriendo por entre los agonizantes, que arrastrándose, habían ido a buscar el sedante del agua para sus frentes ardientes y sus gargantas resecas.

Al terminar su ronda, regresó a sentarse tras la roca, donde le hizo compañía el andaluz.

—Hemos quedado reducidos a cincuenta, "Piernas Largas". Eran muchas serpientes... No podía yo con todas...

—Suerte tuya. Sin ti, nos comen. Pero ya no les quedan más...

Un rugido potente ensordeció los ámbitos. Los argelinos acababan de abrir pon largas pértigas una de las puertas de las cinco jaulas.

Retrocediendo presuroso, se ocultaron tras la jaula, mientras los diablos de las montañas restallaban sus látigos sobre las maderas.

Un león sahariano, alto y de abundante melena negra, olfateó el aire y andando majestuosamente dirigióse hacia el oasis.

Sucesivamente fueron abriéndose las otras cuatro jaulas, de donde saltaron otros cuatro leones que siguieron al primero.

Las cinco fieras detuviéronse recelosas al acercarse al foso cubierto de hojas de palma.

Disparó “Piernas Largas” y el estallido del pistoletazo hizo saltar hacia delante a las cinco fieras.

Una serie de disparos pretendió hacer blanco en los veloces animales, que prodigando zarpazos y rugidos, abatiéronse sobre los primeros seres humanos que apercibieron.

“Cien Chirlos” empleó el tronco de lanza, cogiéndolo con las dos manos y tratando de detener el avance de un león. Detrás de él, “Piernas Largas”, arrodillado, hizo fuego, abatiendo a la fiera...

Fué un breve combate, pero ocho piratas más quedaron destrozados...

—Quedamos cuarenta y dos —resumió “Cien Chirlos”, enjugándose con el dorso del antebrazo el sudor de la frente.

—A ese paso, pocos quedaremos para contarlo. ¿Qué nueva trampa nos va a mandar ese maldito Drub infernal?

Los cinco cadáveres del rey del desierto quedaron tendidos junto a los sangrientos despojos de sus víctimas...

—¡Mira!

Al oír el grito del andaluz, “Cien Chirlos” miró hacia el lugar señalado por la mano de “Piernas Largas”.

Los diablos de las montañas iban atando codo a codo a los cautivos argelinos, formando con ellos compactas murallas...

Extendióse alrededor del oasis un círculo de hombres encadenados entre sí, que gritaban despavoridos, sabedores ya de la suerte que les esperaba.

Detrás de ellos, los diablos de las montañas fueron azuzándoles con las hirientes puntes de sus alfanjes...

—¡Van a emplearlos como escudos!

—Sí. Pero lo siento mucho. Tengo orden de que aquí no entre nadie y quien entre, sea quien sea, no ha de quedar vivo. Son tipejos presos, pero lo siento.

Debía de ser así, por cuanto el brutal lugarteniente de rostro repleto de cicatrices era poco propenso a manifestar sentimiento por nada.

El círculo de cautivos encadenados prietamente entre sí se puso en marcha obligado por las heridas que en las espaldas recibían.

Algunos se arrastraban cayendo sobre sus rodillas, pero la

cadena humana iba encerrándose alrededor del oasis.

—¡Prestos a disparar a mi voz! —gritó “Cien Chirlos”.

La cadena humana se detuvo, para dejar tiempo a que otra, formada también por cautivos argelinos, se pegara pecho contra espaldas a la primera.

Y “Piernas Largas” adivinó de pronto lo que pretendían los diablos de las montañas, al ver que los empujaban hacia los fosos.

Pretendían colmar con ellos el vacío que las abiertas fosas les ofrecía y que hasta entonces les había impedido tomar por asalto el oasis, dada su superioridad física de diez contra uno.

Levantó “Cien Chirlos” el brazo dispuesto a dar la orden de fuego mientras gritando y aullando de pavor los argelinos eran empujados hacia los fosos que debían rellenar con sus cuerpos para permitir con ello que pudieran pasar los diablos de la montaña sin peligro de recibir las descargas de los sitiados.

Parapetados tras la doble muralla de cautivos, agachados iban avanzando los cuatrocientos diablos dirigidos a retaguardia por las estentóreas voces de Drub, el Diablo...

Capítulo IV

Filosofía bereber

La lectura de la historia del novelesco personaje, produjo en Ángeles de Amor una profunda e indefinible impresión.

En medio de su actual abatimiento, discernía confusamente que lejos de la montaña donde vivían los kel-air existía un mundo de peligrosas actividades, muy distinto al monótono y plácido vivir de la Ciudad Invisible.

Cerró el manuscrito y examinó con curiosidad a la argelina, que la observaba silenciosamente.

—Tú, que has venido enviada por el príncipe Tarhit, ¿quién eres, que nunca te he visto?

—Una cautiva argelina que fué presa con el capitán Lezama.

—Hablemos de él —musitó Ángeles.

—Cuanto yo pueda decirte, no sólo no variará sino que aumentará la fatalidad de tu destino, Querret-el-Ain. ¿Amas al capitán Lezama?

—Cuando alborea y la noche huye, yo abro los ojos despertando del sueño. Asimismo, desde que vi por vez primera al capitán Lezama, alboreó en mi corazón, que hasta entonces dormía. ¿Por qué afirmas que mi destino es fatal?

—Porque no hay esperanza para tu amor. El capitán Lezama ha de morir inexorablemente.

—No morirá, porque mi dulce amigo el príncipe Tarhit no ordenará tal maldad. ¿Qué daño he hecho yo para que él me castigue tan despiadadamente, si siempre fué mi amigo?

No contestó la argelina, porque abrióse la puerta y entró el príncipe Tarhit, que detuvo con perentorio ademán la intención que demostraba Bahía de abandonar la estancia, poniéndose en pie, y saludando respetuosamente, dirigiéndose hacia la puerta.

—Permanece donde estabas —ordenó Tarhit.

El targui sentóse delante de Ángeles de Amor.

—Yo no quiero que sufras, Querret-el-Ain —dijo suavemente—. Soy siempre tu amigo, y por esto mismo, para evitarte penas que desconoces, el capitán Lezama ha de morir.

—Si él muere, mi corazón cesará de latir —dijo ella crispando las delicadas facciones en mueca de dolor.

—Veo que no he logrado en ti mi propósito de inculcarte la resignada aceptación de los hechos que nos enseña la filosofía bereber, Querret-el-Ain —dijo Tarhit siempre con suave y cariñosa entonación—. Concedes caprichosa importancia a un incidente... El capitán Lezama morirá porque lo que está escrito no puede alterarse.

—Sí puede alterarse, porque sólo de ti depende la vida del capitán Lezama. Tu eres dueño de su destino...

—Atiende, Querret-el-Ain. Te di a leer la historia de un aventurero para que comprendieras que todos ellos son hombre que atraen la desgracia a quien por ellos siente afecto. Ninguna felicidad espera a las mujeres que comparten sus existencias, porque quedan marcadas por el signo del dolor.

—Amar no es sufrir.

—¿Pobre niña! No quieres ver que el capitán Lezama es un aventurero como el que acabas de leer su historia. Lleva plasmado en el rostro su carácter violento, de turbulentas pasiones. Por tu propio bien, Querret-el-Ain... debe morir.

—Mi bien está en que viva para permanecer junto a mí.

—Su ausencia te proporcionará, primero, unos días de sufrimiento. Después, sabrás comprender que si yo ordené su muerte, fué para evitarte a ti la hiel de amarguras que desconoces.

—¿Amarguras? ¡Es imposible!

—Hablas impresionada por una sensación reciente y que nunca habías experimentado. Quiero que comprendas que los breves instantes de felicidad que pudiera darte este aventurero, los pagarías luego con largos años de tormento.

—¿Qué tormentos puedo esperar de quien me ama?

—Ningún hombre de azarosa existencia, como lo es el capitán Lezama, puede colmar tus aspiraciones. He decidido que él muera, y nada ni nadie podrán impedirlo.

—Tú eres príncipe y dueño de cuantos viven en la Ciudad Invisible —replicó Ángeles de Amor con triste sentimiento—. Pero hay algo en que no podrás mandar.

—Si es en tus pensamientos, puedo asegurarte que ellos se esfumarán y pronto tu corazón olvidará esta fugaz turbación que se ha apoderado de tus sentidos.

—Cuando él muera, lo sabré porque invadiré mi alma. Entonces ya no podrás evitar que yo muera para intentar reunirme con él en parajes eternos, lejanos de tus dominios, donde sólo reinan las almas.

—El tiempo es bálsamo que cura todas las heridas, Querret-el-Ain. Aun aquellos que parecen imborrables.

—El tiempo no fué bálsamo para Corona de Oro. ¿Recuerdas? Tú me narraste la historia de la enamorada que murió porque no podía sobrevivir al hombre que amaba.

Arrodillóse ella junto al targui, hacia el que tendió las dos manos juntas en implorante ademán.

—Fuiste siempre bondadoso conmigo, Tarhit. ¡Dame la vida del capitán Lezama...!

—Ha de morir.

—¡Me apuñalaré ante tus ojos!

—Quitaré de tu alcance toda arma.

—¡Me despeñaré por la montaña!

—No saldrás de ese aposento.

—¡No probaré alimento ni bebida!

—Te forzaré a beber y comer.

Lo que siguió, colmó de enfurecido estupor al targui...

Por espacio de cuatro años, había visto en la raptada una dócil niña de plácido carácter, que se desarrollaba en una floreciente mujer de serena y dócil belleza.

Y en un instante, una transformación acababa de operarse, convirtiéndola en una mujer de turbulenta y apasionada vehemencia...

Ángeles de Amor, abalanzándose hacia delante, acababa de arrancar de la vaina que pendía del cinto del targui la gumía que contenía.

Con rapidez, proyectaba la desnuda y acerada punta hacía el corazón del príncipe tuareg.

Pero Tarhit logró evitar que ella le diera muerte, forcejeando con su agresora.

La gumía cayó al suelo, y el targui, sin soltar las dos muñecas de Ángeles de Amor, que mantenía sujetas entre sus manos, murmuró furiosamente:

—Pretendías darme muerte, olvidando que soy un príncipe kel-air y que siempre fui tu amigo.

Ella no replicó. Por toda respuesta, miró con ojos por vez primera huraños al que la aprisionaba.

—Te desconozco, Querret-el-Ain. Y ahora comprendo que estás bajo el poder de un maleficio. Estás embrujada... Seguirás la misma suerte que el diablo blanco que turbó tu espíritu convirtiéndote de Consuelo de mis Ojos en enemiga mía.

Sin soltarla, dirigióse hacia la puerta junto a la que había un escudo de bronce colgante de un largo cordón.

Dio con el codo un recio golpe, que resonó vibrando con intenso eco que se propagó a lo lejos.

Tres tuaregs entraron, y Tarhit les señaló a la mujer que mantenía sujeta por los brazos.

—Llevadla a la cámara de los suplicios, y encadenadla junto al diablo blanco.

Los tres tuaregs se fueron conduciendo entre ellos a la que, sin oponer la menor resistencia, les seguía dócilmente, iluminado el rostro por una extraña sonrisa de contento.

El príncipe Tarhit dejóse caer encima de unos almohadones y por espacio de unos minutos guardó una inmovilidad absoluta.

Se pasó la mano por la frente, murmurando:

—¡Ha enloquecido...! Ella tan niña y tan inofensiva ha enloquecido convirtiéndose en mujer que me odia.

—La gacela es el más tímido de los animales, y sin embargo busca la muerte cuando ésta se ha apoderado de su pareja.

La voz armoniosa y gravemente lenta de la argelina, sobresaltó al targui, que, poniéndose en pie, fué a recoger su gumía.

Con ella en la diestra, aproximóse a Bahía.

—¿Cómo osas, tú, una cautiva, defender a la mujer que quería matarme siendo yo amo de tu destino y del suyo?

—No la defiendo porque quisiera matarte. La comprendo, porque quiere morir junto al que ama.

Levantó el targui su arma, quedándose en pie con ella en alto inclinado sobre la sentada argelina, que le miró con pasiva sumisión.

—Puedes matarme, príncipe y señor de los kel-air. Pero con ello no hallará la paz tu espíritu conturbado.

—¿Qué sabes tú de lo que en mi espíritu ocurre?

—Soy de tu raza, aunque sea una humilde virgen de aduar. La filosofía bereber que no pudo iluminar a Querret-el-Ain, la impide comprender que la razón te asiste al matar tú al capitán Lezama para evitarle futuras penas a ella.

—Tus palabras son taimados halagos para que no te dé yo la muerte que tu impertinencia merece.

—Si mi muerte ha de sosegar tu espíritu, no vaciles en dármela, que gustosa la recibiré de tus manos, por haber contribuido a que cese de imperar en ti la melancolía.

Él envainó, siguiendo en pie delante de Bahía.

—¿Por qué razón ha de estar desasosegado mi espíritu?

—Siempre jamás, mientras en ti aliente luz de alma, la melancolía seguirá siendo tu inseparable compañera. La muerte de dos seres que se aman, aumentará la turbación de tu espíritu. No habrá nunca paz ni sosiego para ti, porque... —y valientemente, añadió con rapidez tras la temerosa pausa—... ¡porque diste muerte a la que por ley kel-air no podía ser tu esposa!

El príncipe Tarhit miró con repentino estupor a la que acababa de decir en voz alta lo que él creía su exclusivo secreto.

Ignoraba la sabiduría que amargaba, tras su juvenil aspecto, la que en la tienda de Argel la Blanca había presenciado reuniones de los ancianos bereberes y había aprendido a conversar en sutiles controversias.

También ignoraba que Bahía había oído de Luis de Soto agonizante la revelación de éste y de otro secreto tan trascendental.

Aprovechó ella el asombrado silencio colérico con el que Tarhit manoseaba la empuñadura de su gumía, para proseguir precipitadamente:

—Ella es de raza blanca y la ley de tu casta te impide elevarla al rango de esposa. Asimismo, tu ley de hijo te obliga a cumplir lo que tu padre ordenó, y no puedes hacerla tu concubina ni esclava. En el sacrificio hay alegría, dice la filosofía bereber, príncipe y señor de

los kel-air. Pondría en fuga la acerba melancolía que roe y emponzoña tu existencia, si sacrificando tu justo enojo, permitieras que siga su destino de blanca, la mujer que crees enloquecida y embrujada cuando no es más que una mujer que ha nacido al amor. Poner trabas entre dos seres que se desean, es contrario a la filosofía bereber.

—¡Extraño es que no haya cortado tu voz imprudente hundiéndote mi acero en la garganta!

Bahía decidió que había llegado el instante de obtener un posible triunfo empleando el secreto supersticioso que le había descubierto Luis de Soto.

“La virgen de raza bereber que sea tatuada en el entrecejo con el nombre de Tarhit, será su esposa”.

—Si algo que no te sabes explicar detiene tu mano... Si yo me atrevo a hablarte como lo hago... Si te hablo de tu espíritu... Si quiero que el cuervo de la tristeza vuele lejos de ti... ¡es porque soy la virgen que te fué destinada!

Mientras iba hablando pausadamente con gravedad de oráculo, la argelina señalaba su propio entrecejo.

Tarhit dio un paso hacia delante, y ella colocó su mano izquierda en la gumía del targui.

—Que su punta graba en mi entrecejo tu nombre, dueño y señor mío, y que la primera sangre que yo vierta inicie el sacrificio en aras de señal que demuestren que soy la destinada a ser tu compañera.

Como un ente que está bajo el dominio de una influencia más poderosa que su propia voluntad, Tarhit desenvainó.

La acerada y aguda punta de la gumía perló en diminutas gotas de sangre el entrecejo de la bella argelina.

Los dos caracteres del alfabeto bereber que representaban las sílabas del nombre del príncipe quedaron grabadas en la piel del rostro femenino alzado hacia el tatuador...

Ambos permanecieron mirándose en estáticas posturas durante un largo instante.

Al fin, inclinóse él y la obligó a levantarse.

—Tú que estás en posesión de mis secretos más íntimos, compartirás mi existencia —dijo él con serena entonación de contenido fervor supersticioso—. Que tu sabiduría de predestinada

me oriente.

—Te pertenezco cuerpo y alma, dueño y señor mío.

Y aplicándose ella los dedos de la diestra en el corazón, los colocó después en el pecho de Tarhit.

—Aconséjeme, esposa mía.

Fué ella aduciendo filosóficas razones que iban venciendo las lógicas oposiciones de Tarhit.

Cuando el príncipe targui salió de la estancia, Bahía quedó postrada en el suelo boca abajo encima de los almohadones.

Murmuraba quedamente:

—Juro que así como tú intentarás borrar de tu pensamiento la imagen de Querret-el-Ain, yo intentaré quitar del mío la imagen del capitán Lezama.

* * *

El Pirata Negro al oír que la puerta de su prisión se abría, dedujo que los verdugos de Tarhit se disponían a entrar en funciones.

Tres sombras negras se acercaron pausadamente y el Pirata Negro miró hacia el techo rocoso decidido a plasmar en él, la imagen de Ángeles de Amor, como el mejor de los antídotos contra los físicos dolores que suponía cercanos.

Oyó a su lado un ruido semejante al que le había inmovilizado las muñecas y los tobillos en férreas argollas.

Una maza iba clavando hierro en la madera del ancho poste rectangular al que estaba adosado.

Siempre en silencio, las tres sombras negras abandonaron el recinto al cesar el claveteo.

Carlos Lezama creyóse al borde del delirio cuando una voz de dulces inflexiones habló cerca de su oído:

—Juntos moriremos y nada podrá separarnos.

Ladeó la cabeza el Pirata Negro y tardó unos instantes en percibir que era realidad la presencia de Ángeles de Amor en pie y sujeta como él mismo al madero.

Un ronco gemido se escapó de la garganta del Pirata Negro y en su pecho alentó un sentimiento dispar.

Ternura hacia ella que le acariciaba con el cándido azul de sus grandes ojos y un feroz encono contra quien había decidido que ella compartiera su próxima muerte, entre torturas físicas.

Forcejeó brutalmente con las argollas tendiendo en arco de

músculos enfurecidos su cuerpo.

Pero su desesperada rebeldía era inútil...

—Háblame —suplicó ella—. Tu rostro no me sonríe y sin embargo he venido a tu lado.

Cesó en su forcejeo y sonrió con tristeza.

—Eres un ensueño y no tengo valor para recriminarte... Pero dime por qué motivos estás aquí.

—Le aseguré a Tarhit que yo moriría si él ordenaba tu muerte. Vi que nada conseguiría suplicándole tu perdón y quise herirle con su gumía por su maldad al condenarte a muerte con lo que yo moriría. No le herí pero conseguí lo que quería. Estoy contigo...

Iba el Pirata Negro a aducir que precisamente la muerte de la que él calificaba de ensueño, aumentaría su última desventura.

Pero se contuvo viendo la encantadora sonrisa de la que hablaba con tanta naturalidad en aquellos críticos instantes.

—Sí... Estás conmigo, y eres fascinadora en tu infinita ingenuidad. ¡Maldito sea yo mil veces!

—¿Por qué tus ojos brillan como ascuas y te maldices?

—Porque yo atraje sobre ti la desgracia. Porque soy culpable de tu muerte. Vivías felizmente antes de que yo viniera a turbar tu existencia.

—Era yo una niña que dormía aletargada creyendo estar despierta. Y aunque sea breve el tiempo que nos queda por estar juntos, bien vale por toda una vida sin haber conocido la emoción que tú me has proporcionado.

Ladeó ella el busto e imitada por el Pirata Negro, juntaron sus rostros...

Reinó el silencio prolongadamente.

El amor vencía una vez más, permitiendo que dos seres condenados a muerte, se olvidaran de todo, viviendo absortos, en minutos-siglos donde toda noción de cuanto les rodeaba parecía haber desaparecido.

Salieron de su total abstracción, en la que no oyeron abrirse la puerta, cuando vieron ante ellos la erguida silueta del príncipe Tarhit contemplándoles mudamente.

El Pirata Negro apartó su rostro del tibio contacto femenino.

Miró al targui con centelleantes ojos.

—Atiéndeme, Tarhit —dijo con voz incisiva—. Nunca he

suplicado a nadie. Mil veces me he visto en trances semejantes y no he dicho una sola palabra que humillase mi orgullo de terco insolente. Pero, si mis argollas lo permitieran, haría lo que sólo ante una mujer puede hacerse y lo que ante un hombre es vergonzoso: arrodillarme.

—¿Quieres suplicarme que perdone tu vida? —preguntó el targui con acento desdeñoso.

—¡Mi perra vida te la regalo! —y dominándose el Pirata Negro añadió mordiendo las palabras—: Quiero, ya que no puedo arrodillarme, suplicarte que tengas en cuenta que es un crimen impropio de ti, ordenar la muerte de esta niña.

—¿Por qué ha de ser un crimen dar muerte a la que quiso matarme a mí, un príncipe kel-air?

—Ella obedeció a un extravío infantil de cólera que merece indulgencia. Cuando tú eras niño, arañabas a tu padre y él no se ofendía. Escucha —prosiguió el Pirata Negro respirando anhelosamente—. Tú tienes que reconocer que si he jurado que por más tormentos que me apliques no te he de revelar dónde está el tesoro de Haroun-el-Raschid, así lo haré. Puedes tener de ellos un convencimiento absoluto.

—Es posible que tal hagas.

—No lo dudes. Ponme a prueba. Que agudice tu verdugo sus útiles de trabajo y comprobarás que no hay tormento que consiga hacerme hablar cuando estoy firmemente obstinado en callar.

—Suponiendo que así fuera, ¿para qué me citas en estos momentos el tesoro de Haroun-el-Raschid?

—Te lo cedo a cambio del único tesoro que a mis ojos existe. Dale vida, salva a esta niña, devuélvele tu amistad, evitando que yo muera culpable de haberle ocasionado la suya, y te juro que te pondré en posesión del tesoro de Haroun-el-Raschid.

—Eres torpe, aventurero.

—¿Por qué? Tú eres de sangre noble y no puedes faltar a tu promesa. Si me prometes liberarla, yo te prometo que el tesoro será tuyo. Y luego descansaré libre del remordimiento de ser el causante de que ella, una niña impresionable, muera por mi culpa…

—¡No quiero! —gritó ella—. Yo no…

—¡Amordázala, maldito seas! —gritó el Pirata Negro, cubriendo con su voz la de ella.

Encolerizóse al ver la tenue sonrisa que se dibujaba en los delgados labios de Tarhit.

—¿Sonríes, Targui? Tentaciones me dan... pero por ella prefiero no escupirte al rostro. No debes burlarte de la desesperación de un prisionero que te suplica por otra vida inocente.

—No sonrío por burla, aventurero.

Añadió Tarhit unas palabras en dialecto tuareg...

Un tupido velo negro cubrió la cabeza y el busto de Ángeles de Amor, que fué liberada de sus argollas.

Las mismas sombras que acababan de enmudecerla y quitarle los férreos anillos la izaron en hombros saliendo con ella de la estancia.

—Vida salva para ella, aventurero. Nunca te arrepentirás de este acto. Has sabido comprender que ella no tiene culpa ninguna.

—Reconoces, pues, que mereces la peor de las muertes por haber turbado la plácida quietud de mi ciudad sembrando la pasión en un corazón ingenuo.

—Lo reconozco. Pero no lo pude evitar ni tampoco provoqué voluntariamente tal sentimiento.

—¿Dónde está el tesoro de Haroun-el-Raschid?

—En el pozo mágico hay una escalera que desciende, pero que está cortada a trechos. En su sexto pedazo y dándole frente hay una caverna. El que entre en ella debe ser un excelente nadador de sólidos pulmones capaz de sumergirse prolongadamente. Una vez se lance a la corriente de agua que allí encontrará, que se deje llevar por ella. Saldrá a una gruta: allí en el mismo lago hallará hacia poniente otro fluir de agua subterránea. Llegará a la gruta de nácar y repitiendo la misma inmersión saldrá a flote en una tercera gruta, donde tras una roca en la que hay esculpida un águila se amontona el tesoro de Haroun-el-Raschid.

—¿Mucha oro?

—Tanto que por años y años todos tus súbditos a manos llenas podrán derrochar riquezas incesantemente.

—¿No te apena el pensamiento de que toda esta riqueza pudo ser tuya y no mía?

—Un solo rasguño que sufriera Ángeles de Amor, tiene para mí más valor que todo el oro del mundo. Si las arenas del Dahar fueran pepitas de oro, las pisaría sin inclinarme, si un espejismo me hiciera andar por ellas en compañía de ella, el único tesoro: La mujer cuya

vida bendigo haber podido trocártela por el tesoro de Haroun-el-Raschid.

—Suponte que este espejismo que anhelas se realizase y pudieras ir por tierra libre en compañía de Querret-el-Ain, ¿la harías feliz?

—Tengo que admitirte todas las torturas que pienses aplicarme. Ese fué el convenio y forzosamente debo tolerarlo.

Rió el Pirata Negro amargamente añadiendo:

—Si Ángeles de Amor fuese mi esposa, tú, con todo el tesoro de Haroun-el-Raschid en tu poder, serías un pordiosero comparado conmigo.

Sacudió el Pirata Negro la cabeza cerrando los ojos.

Volvió a abrirlos al cabo de unos instantes y su sonrisa era sarcástica.

—Se acabó mi mansedumbre, príncipe Tarhit. Tengo tu promesa y ya que ella está a salvo, te ruego que te largues. Vete, porque me temo que voy a insultarte con deleite.

El targui dió media vuelta y abandonó el recinto, dejando a solas al hombre que sabía ocultar las más hondas desesperaciones tras una sonrisa.

Capítulo V

Paraíso flotante

Pasaron varios lloras antes de que entrasen en la cámara de suplicio cuatro tuaregs.

Dirigieron sus lanzas hacia el Pirata Negro apoyando las agudas y anchas puntas en el amplio pecho del prisionero.

Tras ellos apareció Tarhit.

—Si te liberase de tus, argollas ¿qué harías, capitán Lezama? —preguntó parsimoniosamente el príncipe targui.

—¿Otra fortuna? Tienes un ingenio fantástico, ¡que te confunda el diablo! Que me suelten las amarras y entonces te contestaré adecuadamente la necia pregunta.

—He comprobado la veracidad de tus palabras. El tesoro de Haorun-el-Raschid pertenece ya a los kel-air que con él serán los reyes del desierto, porque comprarán la sumisión de las otras tribus de tuaregs que rapiñan por el Dahar.

—Buen provecho a todos. ¿Y ahora que nuevas palabras estás imaginando para envenenarme el buen humor que es fortuna que nadie consiguió arrebatarme?

—En la base de mi montaña, en las arenas libres, hay quinientos kel-air. Uno de ellos, el que los manda, es Kel-Rid. Habla español y te servirá de guía obedeciendo tus instrucciones para llevarte al oasis donde tus guerreros esperan.

—Para apresarlos, ¿no? Instálate confortablemente en un sillón si esperas que te revele donde están.

—Lo sé. Están en el oasis de El Khoder. Pero mis kel-air no pretenden apresarlos. Te servirán de escolta a ti y a Ángeles de Amor hasta donde tú ordenas. Quiero que ella guste una efímera felicidad a tu lado y en otra tierra. Por eso, para evitar que otras tribus enemigas os apresen te doy la escolta contra la que nadie

podrá luchar hasta que arribes al punto del que partiste de la costa.

—¡Qué generoso eres!… ¡Maldito seas mil veces! —estalló el Pirata Negro hinchadas las venas de la frente—. Tu juego es infernalmente malvado. Como si a un sediento le prometieras anegarlo en ambrosia, cercándole a los labios una copa rebosante de vino placentero, y acechándole jubiloso, no le dejaras beber.

De pronto el Pirata Negro rió.

Había decidido un cambio de estrategia, no demostrando el sordo furor que le dominaba.

—Acepto, príncipe Tarhit, tu magnánima escolta. Puedes dar la orden de que me liberen y arrodillado lameré tus bondadosas manos.

Brillaban sus ojos mientras hablaba, y Tarhit denegó con lento ademán de cabeza.

—Si ahora te liberase, intentarías morir matando.

—¡Qué malos pensamientos!

—Habla, Bahía —dijo inesperadamente el targui.

La argelina entró y ojos bajos quedó frente al Pirata Negro y junto al que ya era su poseedor.

No quería mirar al prisionero hacia el que dirigió sus palabras.

—El príncipe Tarhit quiso poner a prueba tu carácter porque así se lo indiqué. ¿Confías en mí, capitán Lezama?

—Más que en él, quizás. ¿Qué llevas en la frente? Son incisiones recientes.

—La señal que me hace ser la esposa del príncipe Tarhit.

Has progresado, virgen del aduar. Y además de esposa ¿en calidad de que vienes aquí?

—Mi dueño y señor—siguió ella diciendo sin levantar la vista del suelo— sabe que si tú y la que amas os quedaréis aquí, no habría paz para su espíritu. Debes volver a tu tierra y te llevarás a Querret-el-Ain.

—Nunca supuse que te prestaras a ayudar al que ahora te mira con devoción, en sus extravagantes torturas morales. Él es un muchacho imberbe y tú una mozuela muy joven para tales complicaciones refinadas.

—Considero justos tus recelos. Por eso mismo —continuó ella siempre mirando al suelo— sugiero a mi dueño y señor que no te libere del todo porque en equivocada desesperación, podrías morir

ahora que estás próximo a conseguir la felicidad que anhelas.

—¿Qué me aconsejas, Bahía? —preguntó Tarhit.

—Que cubierto con el velo y atados los brazos sea transportado a lomos del caballo que le espera en las arenas. Cuando sienta que las manos de Querret-el-Ain le liberan, cuando... —y la voz de la argelina vaciló unos instantes para de nuevo reafirmarse en su monótona gravedad—... cuando la vea y a su alrededor perciba la numerosa escolta, y a Kel-Rid su intérprete y guía, entonces sabrá que no debe luchar porque expondría a la muerte a la mujer que ama. Verá que los kel-air le obedecen para lograr que él, Querret-el-Ain y los aventureros que le aguardan en el desierto de El Khoder, lleguen al barco sin obstáculos...

—Y si algún día fueras tan insensato como para volver al Dahar —continuó Tarhit— no esperes salir con vida de tu segundo intento. Recuerda siempre que lo que te ha salvado han sido los sabios consejos que he recibido de la que me era destinada por esposa...

La furibunda e incrédula sonrisa del Pirata Negro que se creía objeto de la más cruel de las burlas, quedó oculta.

Un velo tupido se abatió encima de su cabeza cubriéndole enteramente el busto.

Sintió que sus brazos eran reunidos a sus espaldas por ligaduras que prietamente le inmovilizaban todo intento de luchar.

No pudo oír los chirriantes quejidos de la madera de la que con instrumentos cortantes iban los tuaregs desprendiendo las argollas.

Delgados y nerviosos brazos le sujetaron las piernas y levantado en vilo sintió que a hombros era transportado fuera de la cámara de suplicio.

Poco después notó el enrarecimiento que en sus pulmones producía un prolongado descenso.

Al cesar esta impresión, nuevamente percibió que era transportado a hombros de los que hasta entonces habían permanecido inmóviles en la plataforma.

Sintió libres sus piernas que trabaron contacto separadamente con flancos de un caballo, sobre el que le sentaron.

Una luz cegadora le invadió cuando bruscamente le fué quitado el velo negro que cubría su cabeza y pecho.

Atribuyó al sol hiriente en su refracción contra las arenas, la sensación ele mareo que le invadía.

Pero la realidad era que sentíase próximo al enloquecimiento, porque en su hombro se apoyó en sedosa caricia fragante la cabellera cobriza de Ángeles de Amor, sentada a sus espaldas en la grupa.

Un brazo femenino rodeó su cintura, mientras una mano forcejeaba con sus ligaduras.

En el arzón de la silla estaban su espada, el puñal y la pistola que le habían sido cogidos.

Un numeroso ejército de kel-air montados en meharis y caballos, extendíase delante y a retaguardia del caballo en el que Ángeles de Amor acababa de dejar libre los brazos del Pirata Negro.

—Si hablo voy a despertarme —murmuró Lezama con voz enronquecida.

—Estás despierto, capitán Lezama, y aguardo a que me des la orden de poneros en camino.

Un targui montado en brioso caballo que piafaba impaciente, acababa de hablar junto al Pirata Negro y añadía ahora:

—Soy Kel-Rid y mi príncipe desea que lleguéis sanos y salvos, primero al oasis de El-Khoder y luego a la costa en el paraje donde tú indiques.

Carlos Lezama crispó los puños, pero alrededor de sus brazos forjóse la deliciosa cadena de los brazos de Ángeles de Amor.

—Tarhit desea mi felicidad porque ha obtenido la suya, capitán Lezama —musitó ella.

—¡Que el averno cargue conmigo! —masculló el Pirata Negro—. Que siga el espejismo o la trampa hasta donde alcance a comprenderla. ¡Adelante, Kel-Rid! Vayamos al oasis de El-Khoder.

Kel-Rid gritó guturalmente a la par que espoleaba su caballo.

El Pirata Negro en voz baja, añadió:

—…A El Khoder o al infierno… que nunca pensé en tal tortura.

—No es tortura—susurró ella en su oído.

La caravana se movilizó alejándose de la montaña en cuya cúspide las nubes hacían invisible desde el Dallar a la ciudad de los kel-air.

—Háblame, Angeles —dijo el Pirata Negro con la expresión del que sueña despierto—. Al menos tu voz es real. La oigo, creo en ella y suena como música melodiosa.

—¿Por qué me llamas Angeles? Yo soy Querret-el-Ain.

—Para mí y en lo sucesivo eres Angelen, aunque sigues siendo Consuelo de mis ojos. Ángel que remontará el vuelo y se perderá en esté cielo azul del que son retazos los ojos en que me miro.

—¿Angeles es un nombre como capitán Lezama?

—Llámame Carlos... mientras pueda oírte.

—Carlos...—pronunció ella como si paladeara algo delicioso.

Los quinientos kel-air divididos en dos caravanas abrían y cerraban la marcha tras el caballo montado por el Pirata Negro y Angeles de Amor; Carlos Lezama ciñóse la espada y el puñal enfundando entre el cinto y su propia piel la pistola.

—Todo es increíble, Angeles. Leí una vez unas narraciones orientales que Sherezada contaba a un sultán para entretenerle durante mil y una noches. Eran bellas e increíbles por bellas... No puedo creer que lo que ahora me acontece sea realidad. Forzosamente hay un designio oculto en la escolta de los kel-air.

—Cuando me arrancaron de tu lado volví en compañía de la que fué cautiva contigo. Escribía ella para ti, y dijo al terminar que escondiera en mi seno este retazo de tela. Que cuando tú lo leyeras lo comprenderías todo.

Colocó ella en la diestra del Pirata Negro un trozo de tela verde en el que un pincel rojo había escrito laboriosamente:

“El señor anciano, al morir, afirmó que yo debía ser la esposa de Tarhit, si tatuado en mi frente quedase su nombre.

“Él lo ha hecho y es ya mi dueño al cual debo fidelidad. Guiado por mi consejo serás libre, para liberarle a él de los remordimientos.

“Tú me deseaste felicidad y procuraré serlo pensando que tú lo eres con la que amas”.

”Adiós, capitán Lezama”.

Fueron cinco días de incesante marcha en la que sólo descansaba la caravana breves horas.

Reanudaban inmediatamente la cabalgata y resonaba de vez en cuando la alegre carcajada del que sentíase resucitar a un mundo de felicidades después de las recientes sombras de mortal zozobra.

Angeles de Amor con sus pueriles preguntas hacía más soportable la impaciencia del Pirata Negro por llegar prontamente al oasis y de ahí al “Aquilón”.

—¿Sabes lo que es un barco, Angeles?

—Me contó Tarhit que era un edificio de maderas que flotaban y

los he visto en dibujos.

—Yo tengo uno de esos edificios y cuando tú pongas en él la planta, será doblemente mi paraíso flotante.

—El paraíso es un lugar hermoso —decía Tarhit.

—El paraíso eres tú.

Había decidido el Pirata Negro no intentar despertar el recuerdo de Angeles de Amor hasta no verse en el “Aquilón” y lejos de la tierra bereber.

Kel-Rid, el guía e intérprete, aproximóse en la mañana del sexto día.

—El oasis está cerca ya, capitán Lezama. Ordéname lo qué tengo que ordenar a los kel-air.

—Avanzaré al frente de todos vosotros para evitar que mis bribones nos reciban a pistoletazos. Tengo también prisa por ver las jetas de mis valientes. Por unos instantes, te cedo a mi tesoro.

De la silla del Pirata Negro pasó Ángeles a la silla de Kel-Rid.

—Sígueme, Kel-Rid. Cuando ellos me vean a vuestro frente, no dispararán.

La caravana reemprendió la marcha al galope, llevando delante do ellos al Pirata Negro, que cabalgaba empinado sobre los estribos.

Divisábanse ya las copas de las palmeras del oasis de El-Khoder...

De pronto, el Pirata Negro refrenó su montura y, volviéndose a medias sobre la silla, gritó:

—¡Atrás, Kel-Rid! ¡Vela por ella!... ¡Ordena a tus kel-air que me sigan! ¡Vuestros enemigos, los diablos de las montañas, están atacando el oasis!

¡Avante!

A los gritos guturales de Kel-Rid, repitiendo en el dialecto targui las palabras del Pirata Negro, sucedió un atronador galopar de quinientos kel-air hacia el oasis.

* * *

La doble hilera circular de cautivos avanzaba azuzada por los diablos de las montañas.

Los piratas, ceñudos y dispuestos a vender caras sus vidas, mantenían los índices en los gatillos, prestos a disparar a la orden de “Cien Chirlos”.

Destellaban, entre sus dientes crispados, las hojas de los puñales

y en las zurdas los sables de abordaje erguíanse amenazadores.

Cuando “Cien Chirlos” iba a dar la orden de fuego, un estruendo lejano que aumentaba progresivamente en volumen hizo enmudecer al lugarteniente del Pirata Negro.

Los diablos de las montañas, que acababan de lanzar los cautivos en los fosos para con sus cuerpos rellenarlos, abandonaron precipitadamente las cercanías del oasis al ver la avalancha de tuaregs que, volando al aire sus amplios ropajes negros, cargaban furiosamente con sus lanzas y sus gumías.

Las nubes de polvo velaron la matanza que los kel-air sembraban a diestro y siniestro entre las huestes de Zorreig, alias “Drub el Diablo”.

El Dahar quedó cubierto por los cadáveres de los diablos de las montañas...

Cuando el Pirata Negro, volviendo grupas, se aproximaba al oasis, los cuarenta piratas supervivientes estallaron en ruidosas exclamaciones y carcajadas.

Manifestaban con alborozo su renacer a la vida y enmudecieron a una mirando como paganos fanatizados ante su ídolo, al que, alzando un brazo, sonreía en lo alto del caballo.

Los kel-air iban congregándose a cierta distancia, y Kel-Rid aproximóse para de nuevo dejar a Ángeles de Amor a la grupa del caballo montado por el Pirata Negro.

Carlos Lezama enlazó entre sus brazos a la rescatada, colocándola delante de él.

Rodeó ella su cuello con sus brazos, reclinando su cabeza en un hombro, y el Pirata Negro, sonriente el semblante, exclamó:

—¡Tenéis hocicos de pasmo, mis valientes! Podéis abandonar todo recelo contra esas sombras negras que me acompañan. Son tuaregs kel-air. Pero azares que serían largos de contar, les han hecho convertirse en escolta nuestra hasta el “Aquilón”.

Al oír mentar el nombre del velero, los piratas a una lanzaron un estruendoso vítor.

—Nos adentramos en el desierto para hallar a una cautiva, y también para hallar un tesoro. El tesoro de Haroun-el-Raschid. Éste no ha podido caer en mi poder, pero, en cambio, para mí he obtenido el mejor de los tesoros. Y para vosotros, ¿no son tesoros vuestras vidas ya seguras? ¿No es tesoro el “Aquilón”, que nos

aguarda? Avanzad vosotros dos, amigos. Tú, guapetón, y tú, chiclanero.

Los dos lugartenientes tendieron palancas sobre los fosos, en cuyo interior los cautivos argelinos permanecían inmóviles, petrificados de espanto.

—Habla tú, guapetón. ¿Qué novedades, aparte el ataque frustrado de esos diablos de las montañas dirigidos por el caíd Zorreig?

—Murieron la señora italiana y Bruno Bronzo.

—Quizás el destino, al darles muerte, ha sido con ellos clemente. ¿Qué más novedades?

—Carnecruda y nueve hombres más de la escolta, también fueron muertos por los diablos.

—Deberíais, pues, quedar ochenta, y sois la mitad.

Mientras escuchaba atentamente, Ángeles de Amor sentíase estremecida en nuevas e ignoradas emociones.

Impresionada por la lectura de la historia de un aventurero, efectuada en instantes críticos, figurábase estar oyendo vividamente retazos de aquel relato.

—“Drub el Diablo” nos “catapulteó” con víboras, señor —dijo “Cien Chirlos”, mirando entusiasmado al que había prometido volver en un mes, y no sólo lo había hecho, sino que además venía al frente de un numeroso grupo de salvajes tuaregs y acompañado por una mujer que era delicia de la vista.

—¿“Drub el Diablo”? ¿No es ése el pirata del mar?

—Era el sobrenombre con que se conocía al caíd Zorreig. Nos envió víboras y leones, y ahora sólo quedamos, con “Pierna» Largas” y el que se alegra de hablarte, señor, cuarenta y dos hombres.

—Conmigo cuarenta y tres, más los siete que a bordo nos esperan. Una cincuentena de alegres bribones. ¡En marcha, mis valientes! ¡A caballo! El que no tenga montura, que se agarre a la del que la tenga…

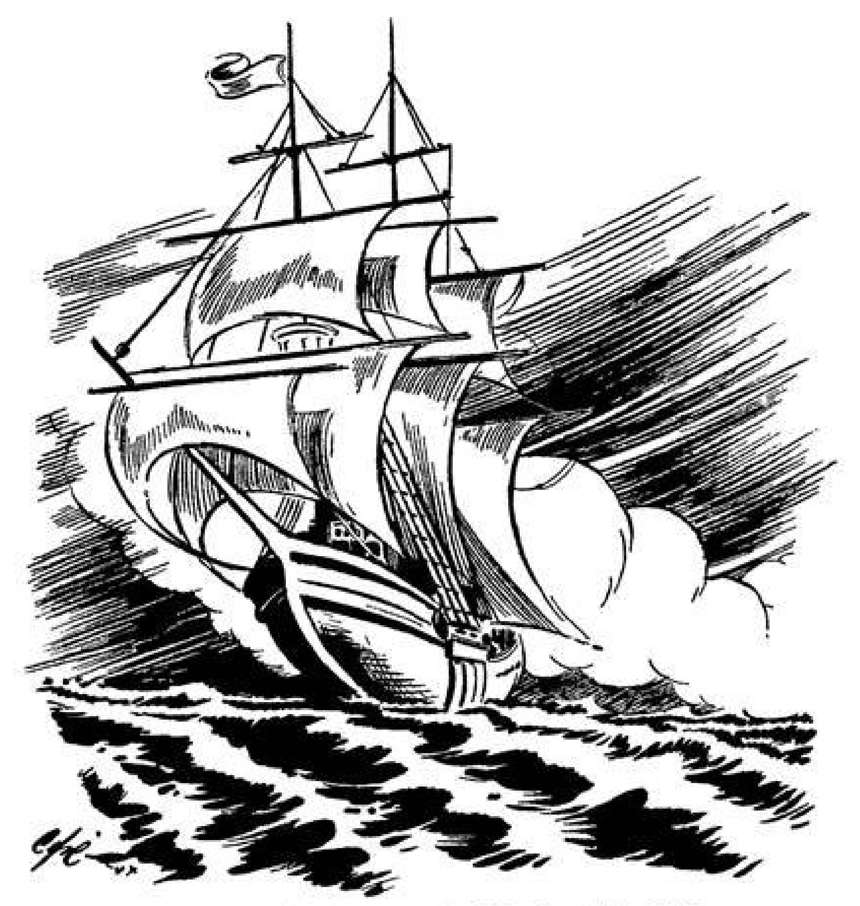
Estremecida con indefinible sensación ignorada hasta entonces, Ángeles de Amor, al galope del caballo, fué oyendo las canciones marciales con que los piratas expresaban su inenarrable júbilo…

A ambos flancos y a retaguardia de los piratas, a cuyo frente iba el Pirata Negro y Ángeles, abríanse en amplia escolta los kel-air

dirigidos por Kel-Rid.

Cuando se divisaron dos días después los contornos de la costa tunecina, Kel-Rid aproximóse, llevando por la rienda a un brioso caballo de recia estampa ágil, de hermoso color bayo y lustroso, que sacudía las cribes con nervioso bracear.

A ambos lados de su silla, pendían voluminosas alforjas de piel de camello.



...y la hermosa silueta arrogante del velero "Aquilón"...

—El príncipe Tarhit te hace este obsequio, capitán Lezama —dijo lentamente Kel-Rid—. Ya que me has ordenado que vuelva a la Ciudad Invisible, partiré con mis hombres. Que la suerte acompañe tu aventurero vivir.

—Y que la paz y la abundancia reinen en la morada de los kel-

air —replicó el Pirata Negro, asiendo por la brida al fogoso caballo.

Kel-Rid y los kel-air alejáronse en sentido opuesto a los cuarenta y tres jinetes que en la costa tunecina se detuvieron, cercanos a la orilla, donde algunos, más exaltados que otros, arrodillándose hundían los rostros en la arena húmeda, clamando incoherentes exclamaciones de alborotado placer.

Quedaban lejos el Dahar y sus peligros.

El Pirata Negro tendió las bridas del caballo, obsequio de Tarhit, a “Cien Chirlos”.

Bajo el sol, el azul del mar cabrilleaba fascinante. Las gaviotas rozaban con majestuosos aleteos los encajes espumosos del agua salada.

En todos los rostros de los piratas leíase el éxtasis del enamorado que se halla ante el objeto de sus ansias, mientras contemplaban el mar y la hermosa silueta arrogante del velero “Aquilón”, que iba acercándose a la playa.

Las diestras del Pirata Negro y de Ángeles de Amor se unieron estrechamente.

Habían conocido las más intensas emociones en un corto lapso de tiempo, y ahora, sin palabras, sentían que sus almas comulgaban al unísono en aquel esplendoroso instante en que el velero simbolizaba una promesa de futuro paraíso.

Capítulo VI

Hacia España

El “Aquilón” navegaba con celeridad, todas sus velas desplegadas...

En el castillete de proa, Ángeles de Amor, enlazada por el talle, reclinaba su espalda contra el pecho del Pirata Negro.

Acariciado el rostro por la salubre brisa, examinaba ella con infatigable curiosidad el mar, los aparejos y las maniobras de los tripulantes.

—Es hermoso ese mar y cuanto nos rodea, Carlos —musitó ella —. Ahora sé lo qué es ser feliz.

—Y yo también —dijo él, besando los sedosos cabellos que la brisa empujaba hacia sus labios.

—¿Dónde vamos?

—Hacia España.

—¿Es tu tierra?

—Es la tuya, Ángeles.

—¿La mía? —inquirió ella asombrada—. Yo soy Querret-el-Ain, y vivía entre los kel-air porque era de distinta raza, pero me ampararon como a uno más de ellos. Al menos así decía Tarhit. Pero nunca el señor de Soto me dijo que yo fuese española. Tú lo dices, y te creo.

—Tenemos que hablar, Ángeles, de algo muy importante. Tu nombre es Ángeles y tu apellido es Amor. Nombres que te son tan propios como el apelativo que poéticamente te destinó Tarhit, porque eres consuelo de los ojos y te rodea un halo de ángeles hablando de amor.

—Ángeles Amor... Me siento cansada, Carlos.

—La excitación de todo lo que desconoces y que ahora es tu nueva existencia.

La abrazó él, levantándola, y en brazos la llevó hasta la camareta capitana, dejándola en su camarote.

Ella, tendida en el lecho, ofreció sus brazos.

El Pirata Negro la besó en la frente...

—Intenta dormir.

—Pero tú tienes que quedarte conmigo.

—Tengo que ir al puente de mando. Navegamos por singladuras hostiles y quiero que tú, mi tesoro, llegues incólume a España. Duerme...

—Lo haré si me prometes venir luego.

Asintió él mudamente, y poco después, al ella cerrar los ojos y convertirse en la imagen viviente de una niña reposando, el Pirata Negro abandonó el camarote.

Dirigíase hacia el castillete de proa, cuando a su lado vino “Cien Chirlos” con andares de conspirador.

—;Hola, guapetón! ¿Estamos a gusto, no? Pisas ya madera flotante y no hay arenas más que en el fondo y bajo las aguas. ¿Diste buen pienso al magnífico caballo targui?

—Sí, señor. Y de él vengo a hablarte, con tu venia.

—¿Vienes a hablarme del caballo? ¿No hacéis buenas migas? ¿Os habéis distribuido mutuas coces?

—Es brioso y tiene estampa de sangre real, señor. Caballo para ti no lo hay, pero ese potro es de lo mejor. Pero... entre las alforjas tenía éso, señor. Lo vi al encajonarlo en la cala.

Tendió “Cien Chirlos” un doblado retazo de tela parda clara. Lo desdobló el Pirata Negro, leyendo a la luz de una linterna los trazos escritos con negro pincel:

"Al aventurero capitán Lezama: Yo, Tarhit, príncipe y señor de los kel-air, te hago dueño del caballo más veloz de mis cuadras.

”Entraste en el Dakar desafiando a la muerte y penetraste en mis dominios, desafiándome. Fuiste insolente a la hora cercana de tu muerte. Eres mi enemigo, por blanco y por ímpetu de luchador.

”Pero aconsejado por Bahía, mi esposa, estimo que tu enemistad y tu aventurera invasión de mi ciudad produjo para mí un rocío de bienes.

“Trajiste a la que ahora es mi esposa y consejera, y te llevas a la que no podía continuar en mi ciudad. Devolverás a Ángeles de Amor a su padre Gonzalo de Amor, y ella sólo podrá ser feliz olvidándote y viviendo en su hogar.

”En las pieles que mando colgar en la silla del caballo que Kel-Rid te entregará cuando llegues a la costa hallarás una fortuua. Es para ti, como precio de recompensa a haberme permitido hallar en Bahía la calma de mis ardores y el sosiego de mi espíritu.

”Que la muerte que rozó tu frente en mi ciudad, tarde en segar la vida que continuamente ofreces.

”Príncipe Tarhit.”

El Pirata Negro, al terminar de leer, introdujo el mensaje en un bolsillo de su casaca de mosquetero. Al picar el velero, una de sus primeras acciones había sido asearse y revestir el ropaje con el que transitaba por las ciudades.

—¿Qué contienen las pieles de camello?

—Pesan el diablo, señor. Son sacos cerrados..., pero que me degüellen si no contienen oro en monedas. Palpé y adiviné el redondo disco, y por un descosido vi el brillo amarillo.

—Llama a “Piernas Largas” y entre los dos traed los sacos a mi camarote.

Los dos lugartenientes fueron apilando poco después en el camarote de Lezama montones de monedas de oro.

Eran denarios, moneda árabe muy solicitada en todos los mercados, y cada una de las cuales equivalía a cinco onzas de oro españolas.

Silbó tenuamente el Pirata Negro, cuando “Piernas Largas”, brillantes los ojos, dijo:

—Hay un centenar de miles, señor. Yo he contado cincuenta y seis mil doscientas monedas, y mi montón apila tanto como el de “Cien Chirlos”.

—Yo he contado cincuenta y tres mil cuatrocientas veinte, señor. Pero como la cuenta era larga, puedo haberme equivocado en algunas más o menos.

—Después de la tempestad la calma, amigos. Y esa calma es de oro. Reunid a bordo a los bribones.

La tripulación del velero congregóse en la base del castillete de proa, mirando hacia lo alto del reborde dónde apoyábase el Pirata Negro, que les examinaba como cuando se disponía a hablarles, con sonrisa mezcla de afecto y burla.

—Bien va la cosa, hatajo de bellacos. Hemos salvado las pellejas y, por añadidura, somos ricos... Sí, ricos por espacio de unos meses.

Con lo que nos va a tocar por barba del tesoro que el príncipe Tarhit me ha donado, un hombre de costumbres morigeradas viviría toda su existencia cómodamente. Nosotros somos unos imbéciles, que le damos al oro sólo el valor que tiene en el momento de ser gastado rápidamente. En las calas, mis dos lugartenientes os repartirán a cada uno vuestra parte. Dos mil denarios, que son diez mil onzas de oro españolas contantes y sonantes.

Los gorros de lana, los chambergos corcusidos y los destrozados tricornios de la tripulación revolotearon por el aire en tres impulsos verticales, acompañados por tres vítores estruendosos.

—Vamos ahora hacia España, para anclar en el puerto de Cádiz. Pero cuando ahí lleguemos, un nuevo rumbo emprenderán nuestras vidas. Cada uno queda libre. Libre de irse donde quiera y que le cuelgue el verdugo que prefiera.

Una expresión de desencanto substituyó en los rostros de los piratas al anterior júbilo.

La carcajada del Pirata Negro fué afectuosa...

—¿No sois ricos, mal rayo os parta? Cada uno de vosotros, con sus diez mil onzas, puede instalar taberna y bebérsela, o montar barco y lanzarlo a empresas de cualquier orden, o mercar casa y buscar esposa. El “Aquilón” ya arrió pabellón y yo soy el capitán Lezama. Desapareció el Pirata Negro. Queda tan sólo el capitán Lezama. Avanza tú, “Malasaña”.

El aludido, un rechoncho pirata de los “antiguos” en el “Aquilón”, dió un paso al frente de los apiñados tripulantes.

—Sabéis, mis valientes, que siempre someto a una especial votación todo cuanto decido. Y antes quiero oír la voz de uno de vosotros. Dime, “Malasaña”, si tú hallases esposa y deseases que para ella nadie pudiera echarte en cara tu pasado, ¿qué harías?

—Dejaría de llamarme “Malasaña” para adoptar otro nombre, y entregaría oro al alcalde de un pueblo para que me considerase como un honesto sujeto decidido a bien vivir.

—Algo parecido pienso hacer, sólo que no le entregaré oro a ningún alcalde. Me bastará con ser el capitán Lezama.

—Si yo me atreviera, señor, hablaría —dijo “Malasaña”, a quien “Cien Chirlos” acababa de susurrar rápidamente algo al oído.

—Habla.

—Dice “Cien...”, ¡ejem!..., digo yo que, ¿qué piensas hacer con el

"Aquilón", señor?

—Separarme de él sería como si me arrancasen el brazo derecho. He pensado mejor destino que venderlo o hundirlo. Someto a vuestra votación su destino. ¿Os parece lógico que "Cien Chirlos" y "Piernas Largas", mis dos lugartenientes, los dos hambres que me fueron fieles desde que inicié mi navegar por el Caribe, sean sus dueños? El que lo estime justo que levante el brazo.

Todos los brazos quedaron levantados…

—Bien. El "Aquilón" será manejado por "Cien Chirlos" y "Piernas Largas". Avanzad los dos citados.

"Cien Chirlos" y el andaluz, con la nuca hacia atrás, quedáronse contemplando al Pirata Negro.

—Yo siempre seré el dueño del velero, amigos. Pero vosotros dos os quedáis, con él, porque he decidido retirarme. Cuando me conceda don Gonzalo de Amor la mano de su hija, iré en busca de mi jabato. Y con ellos dos viviré vida de hogar. Mientras, el "Aquilón" será si, lo deseáis, vuestro hogar. Pero un hogar mercante, o simplemente de placer. ¿Qué sugieres, andaluz, como modalidad de empleo del velero?

—Transportar vinos andaluces a las Américas o a la Francia e Inglaterra, señor.

—No está mal. En una bodega estaréis a gusto. ¿Y tú, "Cien Chirlos"?

—Anclado se quedará en Cádiz y nos honrarás permitiendo que te acompasemos en él en busca de tu jabato…, perdona, señor, de tu hijo Carlos. Y después…, después ¡quedarnos siempre cerca de donde estés! Para eso, señor, pienso que podíamos pescar cercanos a donde tú instalases tu casa.

Y por vez primera "Cien Chirlos" contravino la disciplina de a bordo, porque se dirigió con abundante gesticulamiento a los que escuchaban.

—¡Votad, borricos! Votad lo que yo digo… ¿Qué haréis vagando por tierra como perros abandonados? Cuandos quedéis sin oro, lloraréis por el "Aquilón". Cuando os pase la borrachera de placer, seréis carne de patíbulo. En cambio, a bordo, y siempre cerca del consejo de nuestro jefe…, pues ¡eso es! ¡Votad por lo que yo he dicho!

Terminado su rapto de elocuencia, "Cien Chirlos" dióse media

vuelta, retorciendo entre sus manos el gorro de lana.

Levantó los ojos tímidamente hacia el castillete de proa.

—Perdona, señor. Se me escapó la lengua. ¿Le digo a "Piernas Largas" que vaya en busca del látigo?

La carcajada del Pirata Negro le replicó estentóreamente.

—No hay látigo, guapetón, porque tus palabras fueron de sano consejo. Haced lo que queráis, bribones. Yo soy el capitán Lezama y este barco será un velero pesquero si sois sensatos. Y ahora, ¡rumbo a Cádiz!

Abandonó el puente dirigiéndose hacia la sala capitana, mientras todos los piratas, rodeando a los dos lugartenientes, se aprestaron a escuchar atentamente.

—¿Bodega? —gruñía "Cien Chirlos" mirando airado al andaluz —. ¿Irnos al Caribe o a otros lugares lejos de donde "él" esté? Sería nuestro naufragio.

—No te subas a la parra, carota —se defendió "Piernas Largas"—. Yo soy el primero que voto por lo que tú has propuesto... y al que vote lo que yo propuse le parto los hocicos. ¡Digo! ¡Ni na, ni na! Hasta aquí podíamos llegar... ¿Convertir eso en una bodega?

Y el andaluz dió un taconazo en la cubierta.

—¿Quién ha sido el caimán idiota que me sopló tal idea? —preguntó, buscando en quien desfogarse—. Claro, ahora nadie rechista... En fin, lo perdono. Pero alguien murmuró la palabra bodega... Bien, a olvidarlo. Ese velero no es nuestro. Es y será siempre de nuestro jefe. He dicho.

Apartáronse los dos lugartenientes, mientras los demás iban hacia las calas, donde iba a tener lugar el reparto del oro.

—¿Se va a casar con la señora de los ojos azules y cabellos castaños, chiclanero? —murmuró "Cien Chirlos"*

—Hora era de que le diera madre al chaval. Siempre te dije que nuestro jefe era de noble cuna y tenía tarde o temprano que volver a ser hombre de tierra. Ahora es el capitán Lezama. ¿Qué estás rumiando?

—¿Y si la señora vive en el centro de las Españas?

—¿Quién se lo prohíbe?

—Es que estaría lejos del "Aquilón".

—Asunto resuelto. Uno de los dos estará siempre rondando por donde "él" ande, y el otro se quedará a bordo del "Aquilón" y...

—...y al que me ronde, le hundiré el casco —dijo el Pirata Negro, apareciendo junto a sus dos lugartenientes.

Apoyó en los hombros de ambos sus manos.

—De vez en cuando me visitaréis, y de vez en cuando yo vendré a bordo. Porque necesitaré sentir bajo mi planta esta cubierta. Pero en mi nuevo rumbo, ya no puedo seguir a bordo. Como recompensa por rescatar a su hija, D. Gonzalo de Amor ofrecía una fortuna. Yo le pediré tan sólo que me la dé por esposa. Y el último viaje del "Aquilón" conmigo será el que realizaremos mi esposa y yo hacia las Canarias, en busca de mi hijo. Id a repartir el oro.

Al quedarse a solas, adosóse el Pirata Negro en una escotilla.

Caía el crepúsculo, y la líquida superficie en calma, era plateada por la pugna entre las sombras de la naciente noche y la huida del día.

Abandonóse Lezama a meditaciones agradables, donde se reunían las imágenes de su hijo y la de Ángeles de Amor.

Por ambos olvidaría su pasado turbulento, bien decidido a vivir una nueva existencia sin azarosas peripecias...

Y cuando al amanecer entró en el camarote donde dormía profundamente Ángeles de Amor, sonrió con arrobo viendo la enfurruñada expresión infantil con la que ella dormía, con ese total abandono de los temperamentos juveniles.

Por encima del embozo, pendía al costado del lecho una mano blanca: la diestra de Ángeles de Amor, que el Pirata Negro cogió suavemente, porque en ella veía el símbolo de su nueva existencia en que el Pirata Negro cedía el paso al capitán Lezama.

SEGUNDA PARTE

ESPAÑA

Capítulo I

Tierra blanca

La ciudad gaditana extendíase al borde del mar como una gaviota gigantesca en vuelo estático.

El puerto de Cádiz, continuamente frecuentado por navíos de todas las nacionalidades, no concedía importancia a la llegada de nuevos barcos.

Sólo alguna que otra mente soñadora, imaginaba emocionantes aventuras al ver arribar ó zarpar las velas impregnadas por los embates del mar.

Y una de estas mentes era la de Carmen Robles, la hija de uno de los componentes de la Asociación Antipirática de Cádiz.

Carmen Robles, temperamento apasionado y vehemente que se percibía en sus rojos labios carnosos y en sus negros ojos brillantes, poseía un alma exaltada que soñaba en escalas de seda rematadas por garfios que se hincasen en los hierros de su balcón.

Pensaba continuamente en correr riesgos al claro de luna, y habíase jurado mentalmente no pertenecer a ningún hombre que no fuese un carácter batallador que la condujese por caminos de riesgo y aventura.

Salía escasamente de su casa, desdeñosa de frecuentar el trato social, donde sólo encontraba caballeros perfumados y jovenzuelos ricos.

Desde que por un día no muy lejano había entrevisto a un pelirrojo, manco del antebrazo izquierdo, y de expresión descarada en el simpático rostro truhanesco, Carmen Robles pensaba con mucha frecuencia en Diego Lucientes, quien había zarpado rumbo a las Canarias, prometiendo volver pronto.

Regaba ella las macetas de flores que colgaban de su balcón, cuando se detuvo en tal operación para observar a la gallarda

pareja que acercábase calle adelante hacia su casa.

Un individuo de rostro bronceado, vestido a la usanza mosquetera, cogía las bridas del brioso caballo bayo, y a su grupa sentábase de través una linda mujer de cabellos castaños.

De pronto, reconoció Carmen Robles al jinete: era el capitán Lezama, que tenía para ella un singular atractivo.

Carlos Lezama, que acababa de sujetar las riendas de su caballo en un aro cercano a la puerta, destocóse el chambergo para saludar a Carmen Robles.

—Perdonad mi propia presentación, señorita. Soy el capitán Lezama y venía a visitar a vuestro padre, el señor Juan Robles, que ya me conoce y a quien tengo el honor de haber saludado hace cierto tiempo.

—Pasad, capitán —dijo Carmen Robles tras haber correspondido con una reverencia al saludo del Pirata Negro—. No sólo sois conocido en esta casa, sino que continuamente han desfilado por ella personas que encomian vuestro nombre como el del que, arriesgando su vida, les salvó del yugo de la esclavitud bereber.

Entraron Ángeles de Amor y Lezama en el salón, donde Carmen Robles, al quedar sentados los visitantes, continuó hablando con cierto desparpajo que la abandonaba cuando se veía ante los severos ojos de su padre:

—Muchas veces mi padre me ha hablado de vos, capitán Lezama. En estos instantes está ausente, pero no tardará en regresar —y la gaditana, como quien habla de algo casual—: También habla mucho del capitán Lucientes, que según creo se halla en Canarias.

—Cierto. Allí está, señorita.

El desencanto de Carmen Robles, que suponía que el bergantín del Tercio de los Aventureros se hallaba también anclado en Cádiz, no fué visible en su rostro.

—Al veros, supuse que vuestro amigo os acompañaría en el viaje de regreso.

—Yo fui a la costa africana y mi amigo quedó al cuidado de mi hijo, allá en Canarias.

Sin transparentar su pensamiento, el Pirata Negro no dió a entender que creía que en las preguntas de la gaditana se veía demasiado un determinado interés por el pelirrojo madrileño.

—¿Tuvo el capitán Lucientes el honor de seros presentado,

señorita Robles?

—Vino..., vino a esta calle, y... mi padre salió a recibirle —dijo ella alterando bastante lo sucedido[1].

—Y más tarde, vuestro padre nos hizo el honor de venir visitarnos a bordo acompañado por el conde de Tafira. Y gracias a lo que ellos me propusieron, tuve la dicha inefable de conocer a mi prometida, la señorita Ángeles de Amor...

Miró la gaditana a la aludida, que desde la aparición del Pirata Negro en la "Gruta de nácar" hasta el momento presente vivía como en un éxtasis.

Cuanto la rodeaba le parecía propio de las imágenes coloridas que veía a través del kaleidoscopio que allá, en la ciudad invisible, le había dado Tarhit para que jugara.

Al azul del mar donde el velero había navegado alejándola de la tierra prohibida y del sol ardoroso, sucedía ahora aquella tierra blanca, de sol menos candente y de mar menos intensamente azul.

—Don Gonzalo de Amor, por lo que mi padre cuenta —dijo Carmen— supone ya a su hija perdida para siempre. No obstante, mi padre le envió un mensaje cuando vos zarpasteis, diciéndole en él que os disponíais a intentar su búsqueda. Y os felicito, ya que habéis triunfado en vuestro propósito.

Poco después entraba en el salón Juan Robles, y a su llegada, su hija abandonó la estancia.

Hecha la presentación de Ángeles de Amor, Juan Robles estrechó efusivamente ambas manos del Pirata Negro.

—Habéis hecho fortuna, capitán Lezama —dijo Juan Robles con trémolos de entusiasmo en la voz—. Don Gonzalo de Amor, si no enloquece de alegría al saber la nueva, os acogerá con una gratitud inmensa. Le devolvéis la hija por la que suspira años ha.

Examinó al gaditano, al que parecía ausente de cuanto se hablaba por su expresión soñadora, pero que, sin embargo, sin apartar los ojos del Pirata Negro, escuchaba atentamente cuanto se decía.

—¿Sufrió ella mucho? —inquirió en voz baja Juan Robles.

—Felizmente, no. Un rey tuareg la protegió declarándola Et-Tahira, es decir, intocable. Y fué compañera de juegos del príncipe Tarhit, hijo del tuareg que arrebató a Ángeles de manos de los piratas bereberes de Dragut.

—Maravillosa providencia, capitán Lezama. ¿Tuvisteis noticias de Dragut?

—Sí. Le vi cortar la cabeza. Ya no rapiñará más por zonas españolas, sembrando el dolor a su paso.

—Supe por vuestros rescatados, que bendicen vuestro nombre, que vencisteis al judío de Esmirna, Sinau. Supisteis algo de “Drub el Diablo”?

—Era un español renegado, que en las montañas hacíase llamar el caíd Zorreig. Le corté la cabeza. Otro menos para importunar.

Ángeles de Amor escuchaba y sentía la misma sensación ignorada que le había producido la lectura de la historia de la vida del aventurero que le dió a leer Tarhit, para intentar quitarle su enamoramiento de Carlos Lezama.

Y ella, extrañamente, sentíase cada vez más atraída hacia el hombre cuya azarosa existencia había sido un tapiz de rojas tonalidades, en el que se bordaban continuas aventuras sangrientas.

—La muerte de esos tres jefes piratas es un bien para España —dijo satisfecho Juan Robles.

—Otros les sucederán, señor. Pero, en fin, yo he terminado ya mi misión.

—Es lógico que descanséis ahora después de los múltiples riesgos que habéis corrido. Tengo que comunicaros una gran noticia, capitán Lezama. Cuantos rescatasteis afirmaron al llegar que vuestra generosidad no quiso admitir de ellos recompensa. No obstante, ellos han ido remitiendo cantidades crecidas que a vuestra disposición están.

—¿Cuánto suman?

—No tengo a mano los credenciales de contable, pero creo rondan la cifra de sesenta mil onzas de oro. Magnífica suma que bien os habéis merecido.

—Es bella cifra. Con ella podéis fletar dos barcos para vuestra asociación antipirática y buscar capitanes que se internen en los mares africanos.

Juan Robles, perplejo, mesóse la puntiaguda barba con mano nerviosa.

—¿Queréis decir..., queréis indicarme que rechazáis este dinero?

—No lo rechazo. Lo invierto en dos bajeles, en uno de los cuales quiero luzca la enseña “Capitán Lezama”. Y en el otro las letras de

“Ángeles de Amor”. Espero que así las empresas que acometan sean coronadas por el éxito.

—No sé cómo agradeceros tanta generosidad… En vuestra guerra a muerte contra los piratas, será siempre recordado vuestro nombre. Os extenderé recibo por la cantidad que os pertenece, habiendo constar que la cedéis para equipar dos bajeles que vayan a la lucha contra los piratas bereberes.

—No hace falta, señor. Conozco a los hombres honrados y no preciso recibo alguno. Os vine a visitar para pediros informes.

—Enteramente estoy a vuestra disposición. ¿Me haréis el honor de compartir con la señorita mi mesa?

—Permitidme no acepte, porque tanto a ella como a mí, nos urge estar pronto junto al señor Gonzalo de Amor.

—Es natural. ¿Qué informes deseáis?

—El primero y muy comprensible es que me digáis dónde reside don Gonzalo de Amor.

—Actualmente está convaleciente de unas fiebres en su finca extremeña del Tomelloso. Es una mansión situada cerca de la frontera portuguesa y a la vez cercana a la tierra andaluza. Os daré un guía.

—No lo preciso. Decidme tan sólo el camino a seguir.

—La ruta de Sevilla, primero. Después, tomaréis el camino real que conduce a Plasencia, y en el cruce con el camino de Badajoz, hay sendero que lleva directamente al pueblo de Tomelloso, situado al margen del río Manso. ¿Qué medio de transporte pensáis emplear?

—Mi caballo.

—Tardaréis, si es buen andador, un día y medio con su noche. ¿Puedo sugerir un consejo?

—Decid, que os escucho con agrado, señor Robles.

—Si llegáis inesperadamente, el señor Gonzalo de Amor puede sufrir una fuerte impresión dañina, ya que se halla convaleciente. Podría evitarse tal posibilidad con el envío de un emisario bien escogido, que a todo galope partirá inmediatamente que os pongáis en camino para preparar el ánimo de don Gonzalo a tan fausta noticia.

—Lo considero muy apropiado. Antes de ponerme en camino desearía también que me informaseis acerca de quién es don

Gonzalo de Amor.

—Uno de los más ricos gentilhombres de España, de noble cuna y rectitud caballeresca. Se le considera moralmente un santo varón, tanto es así, que sabiéndole insobornable, recto, austero y hombre de luces, hace apenas un mes fué nombrado Justicia Mayor de las Andalucías. Cuanto bien se diga de don Gonzalo de Amor, es poco, para alabar la vida sin tacha de este ejemplar señor. Pertenece a la Orden de Alcántara, y se distingue porque es uno de sus más dignos representantes en fe y valor.

—Tengo entendido que su única familia es Ángeles.

—Sí. Como familia allegada en primer grado, ya que su esposa falleció mucho antes de que Ángeles fuese raptada. Vivían por entonces en Málaga. Hasta ahora don Gonzalo vivía en compañía de su sobrino, don José de Priego, excelente caballero, docto y letrado, que abandonó la carrera de las armas para ocupar el secretariado de don Gonzalo de Amor, al ser éste nombrado Justicia Mayor.

Aceptó el Pirata Negro la oferta de un refrigerio ligero y poco después despedíase de Juan Robles.

Cuando el caballo salía ya de la ciudad gaditana y se adentraba carretera adelante por entre marismas, donde los grullos sobre sus zancas graznaban de vez en cuando, rompiendo el silencio de la explanada, Ángeles de Amor, a la grupa, preguntó:

—¿Qué es un Justicia Mayor, Carlos?

—Es un caballero, generalmente de noble alcurnia y vida ejemplar, que delegado por el Rey impone la justicia en la región donde ha sido designado.

—¿Y para imponer justicia qué hace?

—Persigue a los que mal viven, condenándolos a cárcel.

—¿Cómo se llaman los que mal viven?

—Tienen distintos calificativos. Por ejemplo —y sonrió con cierta amargura Carlos Lezama—, se les llama piratas, bandidos, salteadores de caminos, ladrones... Pero olvida todo esto. Mira mejor la tierra blanca por la que andamos. En las Andalucías el blanco impera, dando la sensación de limpieza, que la cal revocando los muros...

—Tengo miedo... —murmuró ella.

—¿Miedo? ¿De qué, amor mío?

—No sé. Algo indefinible... No puedo explicarlo. Pero en mi

pecho hay una opresión de angustia, que no acierto a explicarme.

—Consecuencias de todo cuanto has pasado.

—No es algo físico... Es come un presagio triste...

—Ahuyenta todo presagio. Vamos hacia tu hogar... Una vez tu padre te haya recibido, yo le pediré tu mano. Nos casaremos, y el paraíso en la tierra será nuestro.

Ella guardó silencio por espacio de unos instantes.

—Quizás influye en mi miedo el ver tanto hombre armado galopar en masas por los caminos.

—España está atravesando una situación guerrera muy prolongada, niña mía. La muerte del rey Carlos II...

—El rey se llama como tú —dijo ella ingenuamente.

—Sí. Tenía este honor —dijo sonriendo el Pirata Negro—. Su muerte originó en España la guerra de sucesión, que estalló a principios de siglo. Luchan dos bandos...

—¿Los Narros y los Cadells? —preguntó ella.

Volvióse el Pirata Negro a medias en su caballo, para mirar extrañado el rostro de Ángeles.

—¿Quiénes son ésos?



...rompiendo el silencio de la explanada, Ángeles de Amor, a la grupa...

—Tarhit, para que yo te tuviera miedo, me dió a leer la vida de un aventurero llamado don Juan de Serrallonga.

—Ya. Quizás antes yo era un aventurero, Ángeles. Por esto, precisamente ahora aspiro a la paz del hogar que contigo y mi hijo formaré. Como te decía, luchan dos bandos: por un lado, los seguidores del duque de Anjou, nieto de Luis XIV, rey francés, y por el otro el archiduque Carlos de Austria. Y esos partidismos han hecho que desde el año 1702 hasta el actual en que estamos dure la hostilidad entre Francia y España para imponer a Felipe V contra Austria, Inglaterra y Holanda, que apoyan al archiduque.

—¿De qué bando eres tú, Carlos?

—De ninguno. Ya no quiero guerras. A lo más las que me dé mi hijo o las que tú me des, si persistes en sentir tristes presagios.

Sonrió ella, juntando su mejilla a la del Pirata Negro,

—Mientras estoy contigo, no tengo tristeza. No quiero separarme ni un instante de tu lado.

—Por dos veces nada más deberás hacerlo, niña mía. Cuando caiga la noche descansaremos en un mesón, para que el caballo no

se agote. Y allí en el mesón, tú dormirás...

—Contigo...

—Escucha, criatura. Estamos en tierra blanca, y no es... prudente que tú y yo... en fin, en el mesón diré que eres mi hermana, para que nos den alcobas separadas.

—¿Por qué dices que soy tu hermana?

—Porque... aun no eres mi esposa.

—Pero quiero serlo inmediatamente, para que nada nos separe.

—Hay ciertas conveniencias que debemos respetar, Ángeles. Debo pedirle a tu padre que me conceda tu mano y el placer de desposarte. Entonces, nada nos separará ya.

—¿Cuál es la otra de las veces en que nos debemos separar?

—Sólo por unos instantes. Al llegar a casa de tu padre, irás a su encuentro, sola.

—Contigo.

—No. Porque la primera efusión paternal se vería coartada con mi presencia. Y después hablaré yo con don Gonzalo, y nada nos separará. Sólo hay un inconveniente y está vencido. Podría parecer que yo desease casarme contigo porque eres una rica heredera, y yo soy un aventurero. Pero queda inexistente, desde el momento en que la recompensa que tu padre ofrecía por tu hallazgo no la quiero en dinero, sino que te pido por esposa. Naturalmente, hubiese preferido que tu padre, en vez de ser Justicia Mayor inmensamente rico, fuera de clase mucho más modesta.

Cambió de conversación el Pirata Negro, y siguió el caballo en su fácil trote hasta que la noche obscureció el paisaje.

Detuvo Lezama al bruto ante una casa solitaria en la que colgaba un cartelón que decía:

“HOSTAL DE LA BIENVENIDA”

Capítulo II

Un alto en el camino

Cercano a la ciudad de Sevilla se encontraba el hostal que regentaba Jacobo Cortés, un perillán de mucho cuidado, el cual, aprovechando la circunstancia de que su establecimiento era visitado por grandes señores de paso en viaje hacia alguna gran capital, tenía un procedimiento peculiar que había inventado para asesinarles y quedarse con sus equipajes y joyas.

Lo conseguía mediante cierto mecanismo que introdujo en una de las camas del hostal, que se hallaba en la más lujosa de las habitaciones.

A esta habitación iba a parar el que elegía como víctima siempre que el viajero viniera solo o a lo sumo acompañado por esposa u otra persona de su familia.

El lecho que ofrecía al viajero era confortable, pero cuando, por la noche, el viajero descansaba en él tranquilamente, el posadero tocaba un resorte mediante el cual la cama se abría en forma de libro y cediendo por la base aprisionaba prietamente al viajero, dejándole aplastado.

Después, entraba Jacobo Cortés armado de un cuchillo y remataba al agonizante, cuyos restos enterraba en la huerta, después de despojarle concienzudamente.

Le servía de cómplice el único criado del mesón: un mozo taciturno y silencioso.

Por aquella apacible noche de fines de abril de 1710, en el “Hostal de la Bienvenida” no se habían detenido más que cuatro viajeros.

Cuatro soldados que iban juntos hacia Sevilla, y habían entrado a beber y comer en improvisada cena que les permitiera continuar el viaje.

La entrada en la sala del Pirata Negro y Angeles de Amor suscitó en ellos cierta curiosidad, pero siguieron comiendo en silencio, deseosos de ponerse pronto en camino.

Jacobo Cortés acercóse presuroso a la pareja, mientras el mozo llevaba el caballo hacia el establo.

El posadero había apreciado que el caballo valía una fortuna, y por las ropas del Pirata Negro deducía que debía ser un rico viajero, que posiblemente llevaría una bolsa bien provista.

—Buenas noches, señoría. Soy Jacobo Cortés y manden sus señorías.

—Cena y acomodo. Una alcoba para la señorita, que es mi hermana y para mí otra. Dispón la mejor de tus cenas.

El posadero desapareció hacia la cocina, mientras Ángeles sentábase en un escabel junto a la mesa en que el Pirata Negro se apoyaba.

Aunque fueron pronunciadas en vos baja, el agudo oído del Pirata Negra percibió algunas palabras de las frases que intercambiaban los soldados:

—Bonita como un sol...

—Pero su hermano tiene ceño de tormentoso...

—Más me gusta ella que ese plato de albérchigos...

—¿Le preguntamos si es del Archiduque o felipista? Así tendremos ocasión de perforarle si no es de los nuestros, y... a ella nos la llevaremos de rehén...

—Calla, Vergara. Has bebido demasiado... Aunque, claro, ella bien vale correr un riesgo. Es sólo uno...

Levantóse despaciosamente uno de los soldados, abrochándose el tahalí de donde colgaba su espada y su puñal.

El Pirata Negro decidió dominar su habitual temple, pensando en que Ángeles de Amor no debía sufrir ningún peligro. Decidióse a ser tolerante hacia el soldado que, andando aplomadamente, vino a detenerse ante ellos dos.

—Buenas noches, caballero y señora.

—Buenas las tengáis, señor soldado —replicó, sonriente el Pirata Negro.

—Mis compañeros y yo hemos de salir de una duda, caballero. Deseamos saber si sois felipista o partidario del archiduque.

—No soy partidario de nadie, señor soldado. He hecho aquí un

alto en el camino para cenar en compañía de mi señora hermana.

—Sois hombre de mar ¿no?

—Lo soy.

—Entonces, quizás seáis marino de la escuadra felipista.

—Soy marino libre. ¿Deseáis una copa más, señor soldado? —y Carlos Lezama tendió hacia el soldado una copa en que sirvió vino que acababa de traer Jacobo Cortés, que desde un rincón presenciaba la escena con cierto temor.

El temor de que aquellos soldados le estropeasen el mobiliario, aunque quizás si, como se les veía, deseaban entrar en pendencia con el viajero, dejarían su cadáver.

Y si querían desvalijarlo, no podría oponerse...

El soldado cogió la copa que le tendía el Pirata Negro. La levantó mirando insolentemente a Ángeles de Amor, que, ajena a cuanto sucedía, creíase que todo cuanto acontecía era normal en tierra blanca.

—Brindo por los bellos ojos de vuestra hermana —dijo el soldado.

—Acepto el brindis, porque ciertamente son muy bellos.

Los otros tres soldados rieron groseramente. Sintió el Pirata Negro que su diestra le cosquilleaba...

Pero dominóse porque no deseaba exponer a Ángeles de Amor.

Depositó el soldado la copa encima de la mesa y apoyando en ella sus dos manos avanzó el busto.

—He bebido. Ahora contestadme ya de una vez: ¿sois felipista o del archiduque?

—Ya os dije que no pertenezco a partido alguno.

—Eso es imposible. Todo español ha de ser de uno o de otro lado. Sus simpatías han de ser para uno u otro bando. Exijo que me contestéis inmediatamente.

—Os complazco. Mis simpatías van al bando que vos y vuestros tres compañeros defendéis. No me engaño al suponer que sois soldados de fortuna, como lo demuestran los lazos que penden de vuestros brazos hablando de sucesivos enganches bajo distintos pabellones.

—Hemos luchado en muchos campos de batalla. ¿Y vos?

—Soy un pacífico y poco guerreado marino, como lo podéis apreciar,

—¡No te contestó, Vergara! —gritó desde su mesa uno de los soldados.

El llamado Vergara adelantó la diestra y su índice tocó en el pecho al Pirata Negro.

—¡Presto! ¿De qué bando sois? Sin remilgos ni evasivas.

El Pirata Negro comprendió que aunque dijera que pertenecía al mismo bando por el que luchaban a que líos pendencieros mercenarios, ellos tergiversando la verdad, encontrarían en ello motivo de lucha.

Su respuesta fué contundente. De un rodillazo empujó la mesa, volcándola encima del llamado Vergara.

—¡Soy del partido que mejor os convenga! —exclamó, a la par que desenvainaba, cubriendo con su cuerpo el de Ángeles de Amor, que a sus espaldas, abría hasta el máximo sus ojos dilatados por el estupor.

Vergara desenvainó, imitado por los otros tres soldados, que levantándose acudieron al lado de él.

—¡Paz, señores! ¡Por favor! —suplicó Jacobo Cortés con meliflua voz, en la que temblaba cierto temor.

—¡A callar! —gritó Vergara—. ¿Conque quieres lucha, eh marino?

—No la quiero. Sois vosotros los que la buscáis. Mejor haríais en seguir vuestro camino, y dejar que yo siguiera el mío.

—¡A él! —gritó uno de los soldados.

Los cuatro cargaron hacia delante, y el Pirata Negro avanzó también para evitar que cualquier estocada de refilón pudiera malherir a su compañera.

Las cuatro espadas trabaron contacto con la del Pirata Negro, que cubríase el flanco izquierdo con el largo puñal.

Mientras paraba la primera acometida, uno de sus pies cogió por debajo un escabel y lo proyectó con violencia hacia delante...

El pesado madero alcanzó de lleno en el vientre a uno de los soldados, que se desplomó sin sentido.

Los otros tres arreciaron en su ataque, y el Pirata Negro, andando de lado, prodigó fintas y mandobles hasta lograr alejarse del lugar donde, petrificada por la excitación ante el primer combate que de cerca presenciaba, Ángeles de Amor mantenía contra sus mejillas las dos manos temblorosas.

Saltó por los aires la espada de Vergara, y aprovechó el Pirata Negro la coyuntura para atravesar el brazo de uno de los soldados.

El único que quedaba armado sufrió un ataque en torbellino, y cuando de su mano cayó la espada, gimió cogiéndose el hombro atravesado.

Vergara acudió corriendo, pero se detuvo… porque un escabel que acababa de coger el Pirata Negro se estrelló contra su frente.

Quedaron tendidos en el suelo los heridos, y el Pirata Negro comprobó que Vergara y el primer agredido estaban sin sentido. Los otros dos gemían, acariciándose cariñosamente el brazo inmovilizado por la estocada.

En pie ante ellos, envainó el Pirata Negro su espada, y apoyó los dos puños en las caderas.

—¿De qué partido sois? ¡Presto! —exigió.

Uno de los heridos, exclamó precipitadamente:

—¡Felipistas!

—Amárrame a estos cuatro felipistas, posadero —ordenó el Pirata Negro—. Necesito reposar después de la cena, y esos cuatro sujetos me parecen deseosos de buscar querella a cuanto pacífico viajero se tropiezan.

Contempló como presuroso, Jacobo Cortés aprovechaba los tahalíes de los soldados para maniatarlos y rodear con el resto de la correa sus tobillos.

Ángeles de Amor sentóse vencida por la emoción reciente. Junto a ella lo hizo el Pirata Negro, sonriendo cariñosamente.

—¿Por qué… habéis peleado?

—Porque éramos de distintos bandos. Ellos querían guerra y yo quería paz. Entre los kel-air estabas, quizás, menos propensa a tales luchas de partidos, porque ellos son menos salvajes que nosotros los civilizados.

—¿Por qué los has mandado atar?

—Si les dejara libres, volverían para amargarnos el sueño. Porque buscan algo que no puedo explicarte, y que ahora en ellos se ha agravado porque les he tratado con cierta rudeza, aunque con miramientos, ya que, al fin y al cabo, son mercenarios a los que no se les puede pedir que posean un código moral que no aprenden en los campos de batalla.

Vergara abrió los ojos al cabo de cierto tiempo para contemplar

rencorosamente cómo la pareja cenaba.

Por su rostro manaba la sangre de su frente abierta,..

—Hola, Vergara —saludó el Pirata Negro desde la mesa agitando un muslo de pollo que acababa de morder—. No te quejes del trato, porque si no fuera que me sentía feliz, os hubiese matado a los cuatro por tontuelos y perdonavidas.

Los cuatro soldados guardaron un silencio hosco, que continuó cuando el Pirata Negro, levantándose, asió al posadero por el mandil.

—Esos cuatro presos estarán aquí mañana por la mañana, y seguirán aquí hasta que yo esté alejado de tu mesón. Si no fuera así, volvería a cortarte las orejas y las freirías para comértelas. Acompáñanos ahora a las dos alcobas.

En la puerta de la destinada a Ángeles, ésta tendió su mejilla al Pirata Negro, que la besó.

Poco después, el posadero deshacíase en elogios de la alcoba que estaba mostrando al Pirata Negro.

—Dormiréis en ella como en vuestro palacio, señoría. Es la mejor que poseo.

—Bien. Mañana me despertarás al rayar el alba y tendrás ya preparado el más suculento de tus desayunos. Y recuerda lo que te dije: esos soldados no deben moverse de como están, o tú sufrirás después las consecuencias. Transpórtalos a tu establo.

—Lo haré tal como me ordenáis, señoría.

Marchóse Jacobo Cortés, frotándose las manos alborozado. En vez de una víctima, tenía ya cinco más...

Bajó, deteniéndose ante los cuatro soldados. Vergara gruñó:

—Te ajustaremos las cuentas mañana, posadero.

Jacobo Cortés hurgó en la faltriquera del que hablaba, extrayendo una bolsa delgada, que sacudió con desdén.

—¡Pobretón! Pero entre los cuatro tendréis más dinero. ¡Florido!

El mozo acudió taciturno y silenciosamente miró a los cuatro soldados sentados en el suelo y adosados contra una de las paredes.

—Vete llevándolos al establo... y ya sabes.

El guiño significativo del posadero fué interpretado exactamente por el mozo, que cargó sobre sus robustos hombros a Vergara.

Una vez en el establo lo arrojó sobre un montón de paja y antes de que el soldado pudiera darse cuenta, la diestra del mozo, armada

de ancho cuchillo, le degolló.

Los otros tres soldados siguieron la misma suerte. Terminada su macabra faena, Florido limpió la hoja del cuchillo ensangrentado en su delantal.

Regresó a la sala donde Jacobo Cortés iba contando sobre la mesa el contenido de las cuatro bolsas.

—Mañana venderemos sus caballos y sus armas, con lo que aumentará la parvedad de sus bolsas. Ahora, sube con cautela a la galería. Cuando oigas cerrarse el lecho… entra en el cuarto de la mujer y degüéllela.

Florido, sin el menor comentario, dirigióse hacia las escaleras.



Disponíase el Pirata Negro a desabrocharse su jubón, cuando en su puerta resonaron tímidamente unos golpes.

Fué a abrir y Ángeles de Amor entró.

—No puedo ni quiero dormir lejos de ti, Carlos. Déjame estar contigo.

—Tu padre pude saber algún día que nosotros estuvimos en este mesón y no le gustaría… En fin —dijo, viendo la asombrada ingenuidad de los ojos azules—, ni tú ni yo dormiremos. Ahí cerca de la ventana, en aquel sillón, hallaré buen acomodo.

Obedeció ella, sentándose donde él le indicaba. Carlos Lezama asió un escabel que acercó a los pies del sillón, sentándose ante ella.

Cogió las manos de ella, y, en silencio, ambos miraron el cielo tachonado de estrellas que se divisaba a través de la ventana.

Fué mucho el tiempo que así permanecieron, hasta que, de pronto, un ronco crujido hizo estremecerse a Ángeles de Amor…

La cama se plegaba como obedeciendo a arte mágica y los maderos quedaron prietamente reunidos emparedando sábanas y almohadas.

El Pirata Negro colocóse el índice en los labios, ordenando silencio, a la que iba de sorpresa en sorpresa.

Dirigióse a la puerta, que abrió suavemente y tuvo tiempo de ver como el mozo desaparecía en la alcoba, donde debía estar Ángeles de Amor.

Llevaba en la diestra un ancho cuchillo…

Por la escalera oíanse los pasos de alguien corpulento… Subía el rechoncho posadero desnudo el velloso y robusto brazo, que

también empuñaba un ancho cuchillo de los destinados a degollar reses.

El Pirata Negro ocultóse tras un cortinón que pendía a uno de los lados de la galería.

Salió precipitadamente de la alcoba el mozo:

—¡No está ella en la alcoba, Jacobo!

—Ya me parecía a mí que no eran hermanos —rió obscenamente el posadero—. Mejor. Te has ahorrado un corte de garganta, porque estarán a estas horas los dos aplastados. Habrán muerto con la mejor de las muertes, y no será necesario mi cuchillo.

Cuando ambos pasaron por delante del cortinón, encaminándose hacia la alcoba, cayeron de bruces, alcanzados en plena nuca por sendos culatazos.

Abrieron los ojos para verse maniatados espalda contra espalda y en el establo, junto a los cuatro cadáveres degollados.

El Pirata Negro habla convencido a Ángeles de Amor que no se moviera de la alcoba donde el siniestro lecho quedaba en extraña cerrazón.

Un puntapié en el pecho de Jacobo acabó de despejarle el cerebro obscurecido por el culatazo.

Ante él, el Pirata Negro, crispadas las facciones, le examinaba con ojos brillantes de ira.

—Tu degolladero cesa de existir desde este momento, asesino. No puedo perder tiempo avisando a la justicia. Os administraré justicia yo mismo y muy complacido. Oficiaré de verdugo por vez primera en mi vida.

Señaló una gruesa soga que pendía ya de la viga central del establo.

—¿Deseabas una muerte para mí muy cercano el rostro a la que amo? ¡Tú besarás el rostro de tu cómplice!

Con rudos manotazos mientras los dos asesinos se desgañitaban implorando clemencia, reunió en el lazo corredizo los dos cuellos de ambos criminales.

El brusco tirón de la cuerda hizo cesar todo grito.

Mientras cuatro pies suspendidos en el aire, bailoteaban en estremecimientos postreros, el Pirata Negro ató el extremo de la gruesa soga alrededor de un garfio de hierro.

Cogió de la brida a su caballo, y poco después abandonaba el

“Mesón de la Bienvenida”.

Por el camino, Angeles de Amor durmióse contra el pecho del jinete, que arropándola ciudadosamente con su capa, siguió la ruta hacia el Tomelloso.

Capítulo III

Don Gonzalo de Amor

El río que serpenteaba por la comarca extremeña donde se hallaba el valle del Tomelloso, bien merecía su nombre de Manso, porque sus aguas se deslizaban sin el menor impulso de rebeldía por el cauce abierto en el ancho valle.

El pueblo abríase en abanico, cuyo arco lo formaba el río Manso y cuyo vértice lo era la gran mansión habitada por cortas temporadas en la que el señor de Amor venía a descansar.

En la presente ocasión el viaje del Justicia Mayor de Andalucía obedecía al afán de reponerse prontamente de un ataque de fiebres, del que ya se hallaba bastante restablecido.

Cuando recibió la, noticia que por conducto de un emisario le comunicaba Juan Robles, en su agitación quiso ponerse en camino para salir al encuentro de la hija que ya consideraba perdida para siempre.

Su secretario y sobrino don José de Priego, afablemente, logró aquietar su natural excitación dándole a entender que si se ponía en viaje correría el riesgo de agravar su convalecencia y, sobre todo, el albur de no dar con los dos viajeros si venían por ruta distinta a la ordinaria.

Las horas de espera se le hicieron siglos al señor de Amor, hasta que José de Priego vino a anunciarle que su hija subía hacia sus habitaciones.

En un suntuoso despacho de severo amueblado, el Pirata Negro aguardaba, después que Ángeles hubo desaparecido acompañada de José de Priego y éste volvió a entrar momentos después.

—No sabéis cuánta alegría habéis aportado con vuestra acción, capitán Lezama —dijo de Priego sentándose.

—El señor Justicia Mayor me ha ordenado os comunique que os

ruega tengáis la bondad de esperarle en este despacho. Una vez pasados los momentos de natural efusión, vendrá en persona, pese a su convalecencia, a haceros los honores de esta casa. ¿Sois como yo antiguo hombre de armas?

—Hombre de mar, señor de Priego.

Extendióse el secretario en doctas y sensatas reflexiones acerca de la similitud de caracteres entre el ejercicio de las armas en tierra y en mar, aunque admitiendo que el mar aumentaba los riesgos.

Su tono afable y sus modales sin tiesura agradaron al Pirata Negro, quien había esperado hallarse ante un erudito de parla grave y árida figura.

Por el contrario, don José de Priego, hombre aún joven, pues frisaría en unos cuarenta años, tenía una naturalidad de modales y emanaba de él cierta simpatía instintiva.

—...y lo hermoso de la aventura no es nunca la recompensa, sino la emoción del peligro vencido. ¿No es éste vuestro parecer, capitán Lezama?

—Por completo.

Levantóse José de Priego, acercándose a la puerta, que abrió:

—Hasta después, capitán Lezama. Su Excelencia viene hacia aquí y supongo deseará mantener con vos una conversación privada.

Púsose en pie el Pirata Negro, al entrar un caballero de edad ya madura, de blanca peluca rizosa, y barba cuidada, vestido lujosamente pero con sobria distinción.

Se apoyaba al andar en un bastón cuyo puño era un derroche de pedrería, y su semblante ostentaba cierta fatiga.

—Bienvenido, capitán Lezama —dijo, yendo a sentarse tras el despacho—. Me excusaréis si tomo asiento tan apresuradamente, pero la reciente emoción y mi convalecencia me hacen sentirme débil.

Ante él, Carlos Lezama, en pie, aguardó a que le indicara que tomase asiento.

Pero seguramente por efecto de la emoción que citaba, el Justicia Mayor se olvidó de aquella elemental muestra de cortesía.

Los rasgos severos del señor de Amor tenían cierta rigidez debido al continuo ejercicio de cargos en los que era paladín de la más estricta de las justicias.

—Cuantas palabras existan en el rico idioma nuestro para expresaros mi gratitud sincera, son pocas, capitán Lezama. Estoy al corriente de cuantos riesgos habéis hallado para lograr dar con el paradero de Angeles, a quien creía ya muerta. ¿Os dijo el señor Robles la cantidad que os pertenecía en recompensa a vuestra meritoria hazaña?

El Pirata Negro irguióse levemente.

—No me citó cifra. Creo que aludió a que estabais dispuesto a dar la mitad de vuestra fortuna a quien os trajera a vuestra hija.

—No exageró. Desde que recibí la nueva del rescate, di orden a mi sobrino, al cual conocéis ya, para que extendiera cartas de pago que os serán hechas efectivas en mis banqueros, por una suma crecida, capitán Lezama. Una cantidad que seguramente os hará prorrumpir en gritos de asombro.

—No lo creo, señor Justicia Mayor. Os vine a devolver a vuestra hija no a cambio de recompensa material, porque...

Gonzalo de Amor levantó una mano con ademán seco y perentorio.

—Ella me ha hablado ya, capitán Lezama. Infantilidades, cosas absurdas, absolutamente imposibles...

—¿A qué os referís? —dijo Lezama, palideciendo.

—Pretenda ella que os ama, que quiere casarse, que sin vos no podrá vivir... No la he contrariado, pero vos y yo vamos a hablar claro, ¿no os parece, capitán Lezama?

—Siempre tuve por norma ser claro en mis palabras.

—Comprendo muy bien que mi hija, sugestionada por vuestra gallarda presencia, os conceptúe digno de ser su marido. Pero ella es una niña, casi una retrasada mental, debido a la fuerte impresión sufrida en su tierna edad. Vos sois hombre de experiencia, y comprendéis que tal boda es absurda e imposible.

—¿Por qué razones calificáis de absurdo e imposible tal enlace?

—¿Qué edad tenéis?

—Treinta y cinco años.

—Casi el doble de la edad de Ángeles.

—¿Tengo acaso aspecto de viejo?

—¡Oh, no! Muy al contrario. Aparentáis muchos menos... Será por el continuo vivir al aire libre, y el ejercicio que ha robustecido vuestro cuerpo. Os pregunté la edad, porque desearía que os

pusierais en mi lugar, y pensareis tal como es natural que yo piense. Como yo agradeceríais al valiente aventurero que os devolviese a su hija, con sincera gratitud, tal como yo hago. Después, le daríais su recompensa... Pero, como yo, rechazaríais de plano el ser cómplice de un infantilismo excusable en ella, pero al que no podemos nosotros dos dar apoyo, porque tenemos experiencia y sesudo pensar.

—¿No os dijo ella que desea ser mi esposa?



Ante él, Carlos Lezama, en pie, aguardó a que le indicara...

—Sí.

—Entonces, como primera medida paternal, ¿pensáis contrariar su deseo que si a vos os parece infantil, a ella no ni a mí tampoco?

—Tal haré, aun a costa de que vierta ella unas pocas lágrimas primero y después me dé la razón. Tened en cuenta que no ha frecuentado corte ni sociedad. Cuando empiece a codearse con gente de su alcurnia, entonces emprenderá que yo tuve razón.

El Pirata Negro prefirió callarse por unos instantes. Al fin, cuando se hubo mordido suficientemente los labios, expuso con cierta acritud su padecer:

—No tengo por costumbre, señor, desear que se me agradezca nada de cuanto hago porque lo hago a mi antojo…

—Perdonad —interrumpió Gonzalo de Amor—. Vos salisteis a la búsqueda de mi hija porque el señor Robles os habló de mi fortuna, cuya mitad os iba a pertenecer si la rescatabais.

—Cierto. Pero esta mitad que me ofrecéis no la quiero. No pienso tocar ni tan siquiera una sola de las cartas de pago.

—No os hieran mis palabras, pero entonces me dais a suponer que estimáis preferible ser algún día mi heredero.

Carlos Lezama retrocedió un paso, crispando los puños.

—¡Señor! Tengo que recordar que sois el padre de Ángeles para no daros un bofetón. Acabáis de decir algo tan deshonroso que… ¡Ya os comprendo! Me juzgáis un aventurero deseoso tan sólo de dinero. Por eso, al entrar, no me tendisteis la mano, ni tampoco me habéis ofrecido asiento,

—Una cosa es mi gratitud de padre y otra los honores que me debo a mi cargo de Justicia Mayor y representante del Rey. Pero no os incomodéis, capitán Lezama. Cuanto os digo es sensato, y tarde o temprano sabréis reconocerlo. Tomaréis las cartas de pago, que mi sobrino os dará, y en cualquier nación donde vayáis seréis…

El Pirata Negro aproximóse un sillón y se instaló en él, acodándose en los dorados brazos del mueble. Aplicó su barbilla en el puño zurdo y la fijeza sarcástica con la que miraba a Gonzalo de Amor hicieron que éste se detuviera en su perorata.

—Creo que os habéis sentado sin mi autorización, capitán Lezama.

—Eso también creo, señor Justicia Mayor. ¡No seáis ridículo! Vine con intención de suplicar respetuoso, pero vos me habéis

negado los buenos propósitos con vuestro helado recibimiento. No es que esperase que me saltaseis al cuello, pero, en fin, sí esperaba cierta cordialidad y cierta comprensión que no hallo en vos. ¿Os dais cuenta que he sido quien os ha dado la fortuna de volver a tener el amor de una hija?

—Por eso os entrego muy sinceramente agradecido la mitad de mi fortuna, para pagar vuestra acción.

—Os he dicho que no quiero vuestra fortuna.

—¿Sois hombre adinerado?

—Lo suficiente para llevarme a Ángeles lejos de aquí en hogar propio que yo instale, en mi barco, o en tierra.

—¿Llevaros a Ángeles…?

—Naturalmente, señor. Yo la traje ¿no? ¡Pues yo me la llevo! Por las buenas os lo supliqué. Ahora os digo claramente, que porque ella lo quiere y yo también, vos vendréis a mi hogar cada vez que deseéis ver a vuestra hija.

—Sois endiabladamente impetuoso —sonrió Gonzalo de Amor.

—¡Qué otro recurso cabe, señor!… Habláis de vuestra hija con una frialdad comercial que me ha encolerizado. Os habría quizás perdonado vuestra reserva y vuestras palabras, si hubieseis manifestado de otra manera vuestra oposición.

—¿Por ejemplo…?

—Si hubieseis dicho que tenía que pasar cierto tiempo antes de que admitierais que el enlace se verificase, aun lo habría comprendido, ya que es justo que Ángeles se codee, como vos decís, con gente de vuestra alcurnia. Pero negando tajantemente vuestra autorización, ofreciéndome continuamente vuestro oro, no habéis hecho más que exacerbar mi legítimo y honrado propósito de desposar a Ángeles.

—Veamos, capitán Lezama. No quiero que os molestéis conmigo. Hay en vuestra actitud y en vuestras palabras un sincero resquemor que quiero borrar. Decidme primero, ¿con qué medios contáis?

—Os dije ya que eran los suficientes para que Ángeles viva sin que nada le falte.

—¿Quién es vuestra familia?

—Murieron todos…, menos un hijo que conservo de mi primer enlace.

—¿Puedo saber a qué familia pertenecía vuestra difunta esposa?

El Pirata Negro frunció el entrecejo:

—No veo por qué os lo he de ocultar. Mi esposa se llamaba Karmi y era zíngara.

—¡Ah!

Fué tan sólo una palabra, pero dicha en tono tan sugeridor, que el Pirata Negro sintióse amostazado.

—¿Os extraña que contrajera boda con una zíngara?

—No me extraña, capitán Lezama, pero comprended que cuando Su Majestad me pregunte quién es mi futuro yerno, mal le podría yo decir que fué vuestra primera esposa una zíngara.

—Podríais añadir, para aquietar la sorpresa de Su Majestad, que en mi moral no entra el poseer favoritas.

—Vuestra réplica es sobradamente irrespetuosa, capitán Lezama.

—Tampoco es respetuoso vuestro tono al hablar de una mujer que por zíngara no dejaba de ser digna de llamarse esposa y madre.

—No os incomodéis, os lo ruego. No veáis en mi intención alguna de ofenderos. Todo lo contrario. Quiero que examinemos fríamente la situación.

—Para vos será quizás fácil examinar, como decís, fríamente toda clase de situaciones ajenas. Para mí, no.

—No es ajeno el espejismo de engaño que sufre mi hija.

—¿Pretendéis sugerir que yo la embauqué con falacias y...

—No tal. Refrenad vuestra sangre, capitán Lezama. Me refiero a que ella tan sólo os vio a vos, sin competencia, sin rivalidad...

Sonrió el Pirata Negro, aplacado.

—Si ese escrúpulo de padre os detiene, os lo admito. Y mi jactancia es tanta, o quizás es tanto lo que amo a Angeles, que no le temo ni a la rivalidad del propio Rey si quisiera desposarla.

—Dejad tiempo al tiempo, señor capitán. Aceptad mis cartas de pago, viajad y dentro de unos meses volved... Veréis como todo ha cambiado.

—Sois ladino, señor. Suponéis que cegado por el dinero de vuestras cartas de pago, olvidaré pronto a Ángeles. Estáis en un profundo error. ¿Tenéis la bondad de mandar llamar a vuestra hija?

—Tuvo un desvanecimiento y reposa. ¿Para qué deseáis que venga?

—Para que os oiga vuestras argumentaciones. Ella seguramente sabrá haceros comprender que si fué niña, es mujer ahora, porque

me quiere.

—Dejémosla reposar después de la fatiga del viaje. Permitidme que aborde con claridad el aspecto de la situación. Vos sois un aventurero, ¿no es así?

—Así es. ¿Y qué?

—Ella, por ser mi hija, será solicitada por los mejores partidos de toda España. Yo no brindé la mano de mi hija a quien la salvara. Brindé la mitad de mi fortuna, y la doy. Cumplo, pues, lo pactado.

—Cuando yo me enamoré de Ángeles ni tan siquiera sabía quién era. La conocí primero como el hada de la Gruta de Nácar, después como Querrat-el-Ain, y, por fin, acabó de enamorarme cuando vi que ella ofreció su propia vida, intentando matar al que me aprisionaba. Vos habláis, de dinero y yo hablo de cosas muy distintas, señor Justicia Mayor. Os repito. Yo traje a vuestra hija... Yo me la llevaré, porque me pertenece a mí más que a vos. Lamento hablar así a quien es padre de la que amo, pero me obligáis a ello.

—En el fondo, capitán Lezama, yo no os reprocho tal actitud. Cierto es que expusisteis vuestra vida por salvar a mi hija..., pero ¿os dais perfecta cuenta de que ella, suponiendo que con vos se casara, el día en que conozca la vida social, no será asaltada por el mal pensamiento de que la desposasteis por su alcurnia y su fortuna?

—Sabe ella que no sólo rechazo vuestra recompensa, sino que al oro no le concedo valor. Podría deciros que quizás si ahora me negáis la mano de vuestra hija, es porque ella si está aquí se debe a que yo entregué por su vida el tesoro de Haroun-el— Raschid, que es inmensamente superior a cuanto vos podáis poseer. Pero no quiero extraviarme. ¿Me consideráis de casta inferior a la vuestra?

—No es esto, capitán Lezama. Intentad hacer mi postura menos difícil. Yo os debo agradecimiento...

—Os lo perdono.

—...os debo la mitad de mi fortuna...

—Dádsela a quien la quiera.

—...Pero, reconoced que sois de distinta cuna a Ángeles de Amor, hija de gentilhombre de la orden de Alcántara.

El Pirata Negro alisóse con el meñique el fino bigote, y relucieron sus ojos con ironía.

—¿Conocíais dónde se hallaba la aldea de Kerdal, señor

gentilhombre?

—No. Ignoraba hasta ahora tal nombre.

—Es una aldea francesa. En ella existe una documentación según la cual, cualquier escribano os podrá enviar copia legal de mi acta de nacimiento y legitimización. Soy Carlos Lezama, porque nunca quise otro nombre para navegar por la existencia. Pero ahora ha llegado el momento en que os diga, señor gentilhombre, que también soy conde de Ferblanc.

En el rostro de Gonzalo de Amor leyóse el asombro.

—Como es muy natural, puesto que me conceptuáis un aventurero sin escrúpulos...

—No dije tal cosa, capitán Lezama.

—Pero lo suponíais. Por lo tanto, estimo que es natural mandéis un emisario a Francia para que corrobore en breve plazo cuanto he dicho. Os doy este plazo, señor Justicia Mayor. Si yo soy conde de Ferblanc, si yo tengo lo suficiente para mantener a vuestra hija decorosamente, si transcurrido medio mes a lo sumo, vuestra hija persiste en casarse conmigo? ¿Os negaréis a ello?

—No. Si cuanto habéis dicho se comprueba, entonces... no ofreceré ya oposición alguna.

Levantóse el Pirata Negro, saludando ceremoniosamente.

—Ahora, señor Justicia Mayor, quedo a vuestras órdenes en el pueblo de Tomelloso. Señaladme hora para que pueda entrevistarme con Ángeles.

—No tengo el menor inconveniente en que compartáis nuestras comidas, señor —y, levantándose, Gonzalo de Amor tendió su diestra.

El Pirata Negro denegó con la cabeza.

—No, señoría. Cuando sepáis que realmente no pretendo engañaros, entonces tendedme la mano sin reserva, que me honraré estrechándola.

Gonzalo de Amor sonrió con leve humorismo.

—Tenéis genio, señor conde de Ferblanc.

—Os agradezco el cumplido, señoría. Creo que todo está ya dicho. ¿Me dais vuestra venia para retirarme?

—Excusadme si no os acompaño. Siempre que lo deseéis y a cualquier hora tenéis las puertas de mi casa abiertas de par en par. Notificaré a Ángeles que no habéis querido aceptar mi oferta de

hospitalidad. Mentira que vos sabréis comprender. Mi hija no tiene noción de lo que se llama convencionalismo social.

Iba a decir algo el Pirata Negro, pero se contuvo, y en vez de lo que pensaba decir, para no chocar al rígido caballero, preguntó:

—¿Mañana a las diez puedo venir a visitar a vuestra hija?

—Indudablemente, señor capitán.

—¿Puedo despedirme de ella?

—Si insistís, no me opondré. Pero está muy fatigada. Preferiría que sacrificaseis vuestra impaciencia y la vierais mañana a primera hora tal como habéis dicho.

—Muy bien, señoría. ¿Veis como así podremos entendernos? Por las buenas, podemos aun llegar a ser excelentes amigos, porque ahora, pasado mi primer rapto de cólera, considero muy justas vuestras aprehensiones.

—Os lo agradezco.

—Tened en cuenta, que siempre obré sin pedir autorización de nadie por más Justicia Mayor que fuese. Pero vos sois el padre de la mujer que por esposa quiero. Buenas noches, señoría.

Inclinó la cabeza el Justicia Mayor correspondiendo al saludo del Pirata Negro.

Al abrir la puerta, llamó en voz alta:

—¡José!

Don José de Priego vino procedente de otra antesala. Llevaba entre sus manos un voluminoso legajo atado con fino bramante.

—Esas son las cartas de pago que os ruego os dignéis estudiar, señor capitán Lezama —dijo sonriendo Gonzalo de Amor—. No me hagáis que anticipadamente me sienta suegro... Os ruego tan sólo que las estudiéis y mañana, al devolvérmelas, al menos me quedará la satisfacción de saber que os enterasteis de cuanto dicen. Más valiosa será vuestra renuncia.

—Presentado con esta inteligente diplomacia, acepto el devolvéroslas mañana por la mañana.

Colocóse el Pirata Negro el legajo en su faltriquera, y tras saludar a los dos hombres, encaminóse hacia su caballo, que aguardaba en la rotonda, atado en el abrevadero de carruajes.

La noche tendía su obscuridad por los alrededores. La rotonda estaba totalmente desierta...

Iba el Pirata Negro a montar en su caballo, cuando vaciló,

tambaleándose como un hombre ebrio...

Pero la puñalada que por la espalda acababan de asestarle, había sido certera.

Privado de sentido, cayó el Pirata Negro arrodillado con el rostro contra el estribo de la silla.

Una sombra corpulenta le asió por los sobacos atravesando el cuerpo sin sentido y exánime en la silla.

Montó la sombra a caballo, espoleándolo.

Poco después, al llegar cerca de la ribera del río Manso, la sombra corpulenta empujó al malherido de cuyo pecho no se oía ya el menor síntoma de respiración.

Cayó con sordo y mate ruido en el agua el que había sido Pirata Negro y pretendía ser tan sólo capitán Lezama...

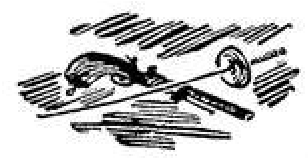
Cuando se cercioró su asesino de que el agua del río había deglutido el cuerpo cerrándose sobre él, la sombra asesina se apeó del caballo, y llevándolo por la brida recogió del suelo unas ortigas.

Aplicó los cardos silvestres en el flanco del animal que, relinchando de dolor, emprendió a todo galope la huida a campo traviesa.

El río Manso siguió deslizándose por entre el campo abierto en el ancho valle...

Todo era quietud y silencio. El pueblo del Tomelloso, distante unas dos leguas, estaba empenachado por columnas de humo que denotaban que en los hogares las cenas iban siendo preparadas.

La luna contemplaba con su sonrisa bonachona e indulgente el paraje donde bajo el agua yacía en tumba líquida el Pirata Negro.



¡Dos héroes inolvidables!...

¡LAS LECTURAS PREDILECTAS DE TODOS LOS JOVENES!



TITULOS PUBLICADOS:

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El cerro maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres capuchinos.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Monthar, el exterminador.
19 — La tumba de los caballeros.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.
27 — La ciudad invisible.
28 — El capitán Lezama.



El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

El descendiente de **EL PIRATA NEGRO,** cuyas hazañas son dignas de las de su antecesor!

¡UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO!

Si sois lectores de **EL PIRATA NEGRO,** no dejéis de adquirir los episodios de **DIEGO MONTES.**

TITULOS PUBLICADOS:

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.

¡¡Coleccione los episodios de **DIEGO MONTES** y poseerá unos relatos emocionantes y vivos que leerá muchas veces!!

¡ADQUIERA SUS EJEMPLARES ANTES DE QUE SE AGOTEN!

64 páginas de agradable lectura, con ilustraciones, 3 pts.

EDITORIAL **BRUGUERA** BARCELONA

Notas

[1] Ver “Mares africanos” <<